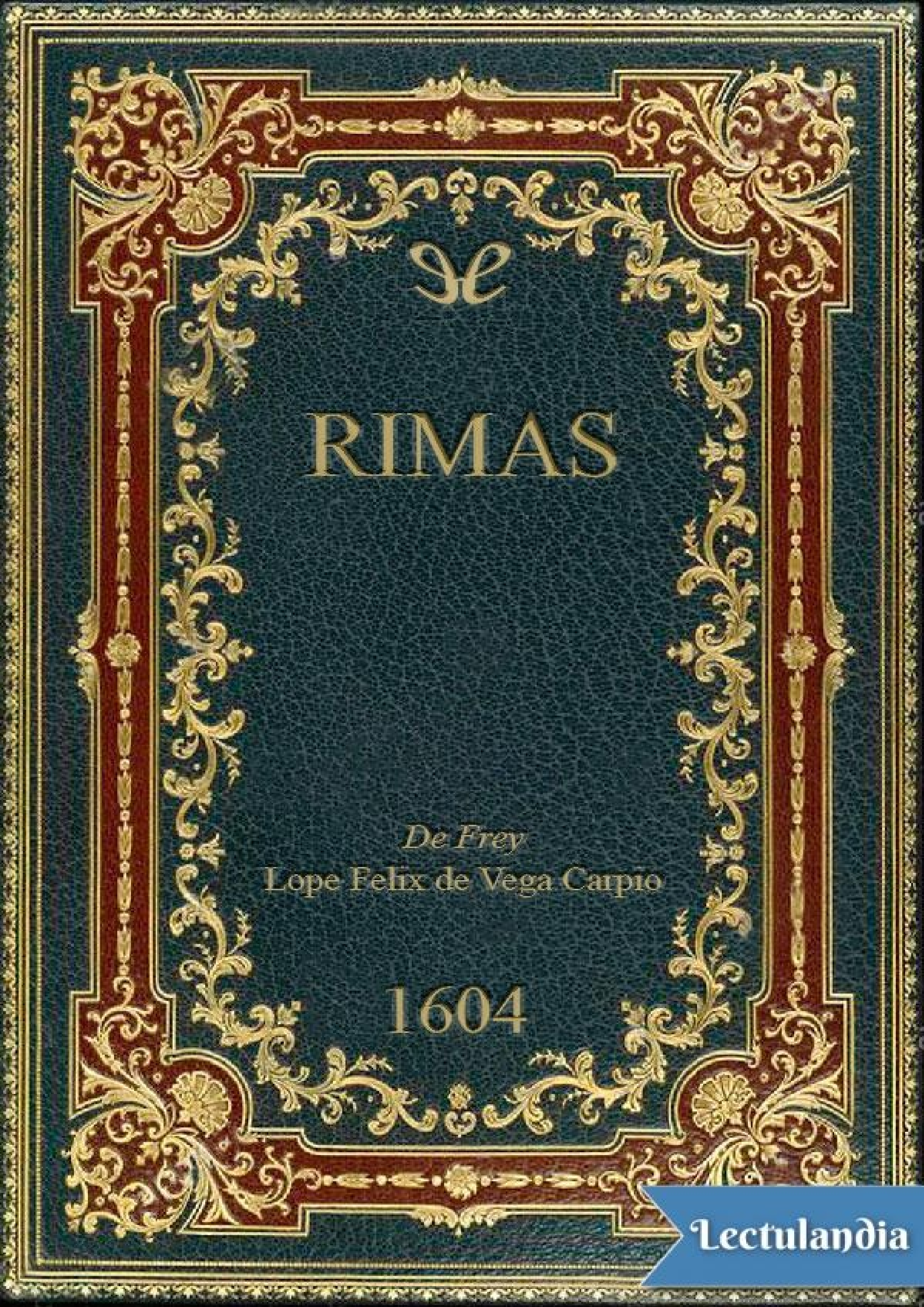

RIMAS
De Frey
Lope Felix de Vega Carpio
1604
Lectulandia

En noviembre de 1602, emparedada entre *La hermosura de Angélica* y *La Dragontea*, aparecía en la madrileña imprenta de Pedro Madrigal una colección de sonetos: el primer poemario sin argamasa narrativa que Lope publicaba a su nombre.

El público debió de acoger favorablemente la colección de doscientos sonetos porque Lope se decidió a publicarlos, sin los poemas épicos, y acompañados de una «Segunda parte», compuesta por églogas, epístolas, epitafios. Esta nueva edición vio la luz en Sevilla en 1604, enmendaba en ciertos detalles los sonetos publicados en 1602 y reordenaba con buen tino algunos de ellos.

Los doscientos sonetos recorren, desordenadamente y con incrustaciones de otros asuntos, el itinerario obligado de los *canzonieri* petrarquistas, representando, dentro de la producción de Lope, la gran influencia de la poesía italiana del Renacimiento, dejando ya entrever, el advenimiento del género barroco, de carácter profundamente nacional y popular.

Lope de Vega

Rimas

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2021

Lope de Vega, 1604
Diseño de cubierta: lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Más libros, más libres
VIII Aniversario
epublibre
Proyecto Scriptorium
Edición conmemorativa

Rimas (1602)

— I —

Versos de amor, conceptos esparcidos,
engendrados del alma en mis cuidados,
partos de mis sentidos abrasados
con más dolor que libertad nacido

Expósitos al mundo, en que perdidos,
tan rotos anduvisteis y trocados,
que sólo donde fuisteis engendrados
fuéranse por la sangre conocidos

Pues que le hurtáis el laberinto a Creta,
a Dédalo los altos pensamientos,
la furia al mar, las llamas al abismo,

si aquel áspid hermoso no os aceta,
dejad la tierra, entretener los vientos:
descansaréis en vuestro centro mismo.

— II —

Cuando imagino de mis breves días
los muchos que el tirano amor me debe,
y en mi cabello anticipar la nieve
más que los años, las tristezas mía

veo que son sus falsas alegrías
veneno que en cristal la razón bebe,
por quien el apetito se le atreve,
vestido de mil dulces fantasías

¿Qué hierbas del olvido ha dado el gusto
a la razón, que sin hacer su oficio
quiere contra razón satisfacelle?

Mas consolarse quiere mi disgusto,
que es el deseo del remedio indicio,
y el remedio de amor querer vencelle.

— III —

Cleopatra a Antonio en oloroso vino
dos perlas quiso dar de igual grandeza,
que por muestra formó naturalez
del instrumento del poder divin

Por honrar su amoroso desatino,
que fue monstruo en amor como en belleza,
la primera bebió, cuya riqueza
honrar pudiera la ciudad de Nino

Mas no queriendo la segunda Antonio,
que ya Cleopatra deshacer quería,
de dos milagros reservó el segundo.

Quedó la perla sola en testimonio
de que no tuvo igual hasta aquel día,
bella Lucinda, que naciste al mundo.

— IV —

Era la alegre víspera del día,
que la que sin igual nació en la tierra,
de la cárcel mortal y humana guerr
para la patria celestial salí

y era la edad en que más viva ardía
la nueva sangre que mi pecho encierra,
cuando el consejo y la razón destierra
la vanidad, que el apetito guía

cuando Amor me enseño la vez primera
de Lucinda en su sol los ojos bellos,
y me abrasó, como si rayo fuera.

Dulce prisión, y dulce arder por ellos,
sin duda que su fuego fue mi esfera,
que con verme morir descanso en ellos.

— V —

Sirvió Jacob los siete largos años,
breves, si el fin cual la esperanza fuera;
a Lía goza y a Raquel esper
otros siete después, llorando engaños

Así guardan palabra los extraños:
pero en efecto vive, y considera
que la podré gozar antes que muera
y que tuvieron término sus daños.

Triste de mí, sin límite que mida
lo que un engaño al sufrimiento cuesta,
y sin remedio que el agravio pida

Ay de aquel alma a padecer dispuesta,
que espera su Raquel en la otra vida,
y tiene a Lía para siempre en esta

— VI —

Al sepulcro de amor, que contra el filo
del tiempo hizo Artemisia vivir claro,
a la torre bellísima de Faro
un tiempo de las naves luz y asilo

al templo Efesio de famoso estilo,
al Coloso del sol, único y raro,
al muro de Semíramis reparo,
y a las altas Pirámides del Nilo

en fin, a los milagros inauditos,
a Júpiter Olímpica, y al templo,
Pirámides, Coloso y Mauseolo

y a cuantos hoy el mundo tiene escritos,
en fama vence de mi fe el ejemplo,
que es mayor maravilla mi amor solo

— VII —

Estos los sauces son, y ésta la fuente,
los montes éstos, y ésta la ribera,
donde vi de mi sol la vez primer
los bellos ojos, la serena frente

Este es el río humilde y la corriente,
y ésta la cuarta y verde primavera,
que esmalta el campo alegre, y reverber
en el dorado Toro el sol ardiente

Árboles, ya mudó su fe constante;
mas, ¡oh gran desvarío!, que este llano,
entonces monte le dejé sin duda

Luego no será justo que me espante
que mude parecer el pecho humano,
pasando el tiempo que los montes muda

— VIII —

De hoy más las crestas sienes de olorosa
verbena y mirto coronarte puedes,
juncoso Manzanares, pues excedes
del Tajo la corriente caudalosa.

Lucinda en ti bañó su planta hermosa,
bien es que su dorado nombre heredes,
y que con perlas por arenas quede
mereciendo besar su nieve y rosa

Y yo envidiar pudiera su fortuna,
mas he llorado en ti lágrimas tantas,
(tú buen testigo de mi amargo lloro)

que mezclada en tus aguas pudo alguna
de Lucinda tocar las tiernas plantas,
y convertirse en tus arenas de oro

— IX —

Tu ribera apacible, ingrato río,
y las orillas que en tus ondas bañas,
se vuelven peñas cóncavas y extrañas,
y fuego tu licor sabroso y frío.

Abrase un rayo tu frescor sombrío,
los rojos lirios y las verdes cañas,
niéguente el agua sierras y montañas
y sólo te acompañe el llanto mío

Hasta la arena, que al correr levantas,
se vuelvan fieros áspides airados;
mas, ¡ay cuán vana maldición esperas!

Que cuando en ti mi sol baño sus plantas,
con ofenderla tú, dejó sagrados
lirios, orilla, arena, agua y riberas

— X —

Cuando pensé que mi tormento esquivo
hiciera fin, comienza mi tormento,
y allí donde pensé tener contento,
allí sin él desesperado vivo.

Donde enviaba por el verde olivo,
me trujo sangre el triste pensamiento;
los bienes que pensé gozar de asient
huyeron más que el aire fugitivo

Cuitado yo, que la enemiga mía,
ya de tibieza en hielo se deshace,
ya de mi fuego se consume y arde

Yo he de morir, y ya se acerca el día,
que el mal en mi salud su curso hace
y, cuando llega el bien, es poco y tarde

— XI —

A don Luis de Vargas

Cuando la madre antigua reverdece,
bello pastor, y a cuanto vive, aplace,
cuando en agua la nieve se deshace
por el sol, que el Aries resplandece,

la hierba nace, la nacida crece,
canta el silguero, el corderillo pace;
tu pecho, a quien su pena satisface
del general contento se entristece

No es mucho mal la ausencia, que es espejo
de la cierta verdad o la fingida;
si espera fin, ninguna pena es pena

¡Ay del que tiene por su mal consejo
el remedio imposible de su vida
en la esperanza de la muerte ajena!

— XII —

A Micaela de Luján, su amante

Así en las olas de la mar feroces,
Betis, mil siglos tu cristal escondas,
y otra tanta ciudad sobre tus ondas
de mil navales edificio goces.

Así tus cuevas no interrumpan voces,
ni quillas toquen, ni permitan sondas;
y en tus campos tan fértil correspondas
que rompa el trigo las agudas hoces

Así en tu arena el indio margen rinda,
y al avariento corazón descubras
más barras que en ti mira el cielo estrellas

Que si pusiere en ti sus pies Lucinda,
no por besarlos sus estampas cubras,
que estoy celoso, y voy leyendo en ellas

— XIII —

A una tempestad

Con imperfectos círculos enlazan
rayos el aire, que en discurso breve
sepulta Guadarrama en densa nieve,
cuyo blanco parece que amenazan.

Los vientos, campos y naves despedazan;
el arco, el mar con los extremos bebe,
súbele al polo, y otra vez le llueve
con que la tierra, el mar y el cielo abrazan

Mezcló en un punto la disforme cara
la variedad con que se adorna el suelo,
perdiendo Febo de su curso el modo

Y cuando ya parece que se para
el armonía del eterno cielo,
salió Lucinda, y serenose todo

— XIV —

Vierte racimos la gloriosa palma,
y sin amor se pone estéril luto,
Dafne se queja en su laurel sin fruto,
Narciso en blancas hojas se desalma.

Está la tierra sin la lluvia en calma,
viles hierbas produce el campo enjuto;
porque nunca el amor pagó tributo
gime en su piedra de Anaxarte el alma

Oro engendra el amor de agua y de arenas;
porque las conchas aman el rocío
quedan de perlas orientales llenas

No desprecies, Lucinda hermosa, el mío,
que, al trasponer del sol, las azucenas
pierden el lustre y nuestra edad el brío

— XV —

A la batalla de África

Oh nunca fueras África desierta
en medio de los trópicos fundada,
ni por el fértil Nilo coronada
te viera el alba cuando el sol despierta.

Nunca tu arena inculta descubierta
se viera de cristiana planta honrada,
ni abriera en ti la portuguesa espad
a tantos males tan sangrienta puerta

Perdiose en ti de la mayor nobleza
de Lusitania una florida parte,
perdiose su corona y su riqueza

Pues tú que no mirabas su estandarte,
sobre él los pies, levantas la cabeza
ceñida en torno del laurel de Marte

— XVI —

De Endimión y Clicie

Sentado Endimión al pie de Atlante,
enamorado de la Luna hermosa,
dijo con triste voz y alma celosa:
—¿En tus mudanzas quién será constante?

Ya creces en mi fe, ya estás menguante,
ya sales, ya te escondes desdeñosa,
ya te muestras serena, ya llorosa
ya tu epiciclo ocupas arrogante

Ya los opuestos indios enamoras,
y me dejas muriendo todo el día,
o me vienes a ver con luz escasa

Oyole Clicie, y dijo: —¿por qué lloras?,
pues amas a la Luna que te enfría.
¡Ay de quien ama al Sol que sólo abrasa!

— XVIII —

Píramo triste, que de Tisbe mira
teñido en sangre el negro manto, helose;
vuelve a mirar, y sin morir muriose,
esfuérzase a llorar, tiembla y suspira.

Ya llora con piedad y ya con ira;
al fin para que el alma en paz repose,
sobre la punta de la espada echos
y, sin partir el alma, el cuerpo espira

Tisbe vuelve y le mira apenas, cuando
arroja el blanco pecho al hierro fuerte,
más que de sangre de piedad desnudo

Píramo, que su bien mira espirando,
diose prisa a morir, y así la muerte
juntó los pechos, que el amor no pudo

— XIX —

Pasando un valle oscuro al fin del día,
tal que jamás para su pie dorado
el sol hizo tapete de su prado,
llantos crecieron la tristeza mía.

Entrando en fin por una selva fría,
vi un túmulo de adelfas coronado,
y un cuerpo en él vestido, aunque mojado
con una tabla, en que del mar salía

Díjome un viejo de dolor cubierto:
—Este es un muerto vivo, ¡extraño caso!
anda en el mar y nunca toma puerto—

Como vi que era yo, detuve el paso,
que aun no me quise ver después de muerto
por no acordarme del dolor que paso

— XX —

Si culpa el concebir, nacer tormento,
guerra vivir, la muerte fin humano,
si después de hombre tierra y vil gusano,
y después de gusano polvo y viento;

si viento nada, y nada el fundamento,
flor la hermosura, la ambición tirano,
la fama y gloria pensamiento vano
y vano, en cuanto piensa, el pensamiento

quien anda en este mar para anegarse,
¿de qué sirve en quimeras consumirse,
ni pensar otra cosa que salvarse?

¿De qué sirve estimarse y preferirse,
buscar memoria, habiendo de olvidarse,
y edificar, habiendo de partirse?

— XXI —

A Baco pide Midas que se vuelva
oro cuanto tocare, ¡ambición loca!
Vuelves en oro cuanto mira y toca,
el labrado palacio y verde selva.

A donde quiera que su cuerpo envuelva,
oro le ofende, y duerme en dura roca,
oro come, oro bebe, que la boc
quiere también que en oro se resuelva

La muerte finalmente, su auricida,
triunfó de la ambición, y en oro envuelto
se fue secando hasta su fin postrero

Así yo triste acabaré la vida,
pues tanto amor pedí, que en amor vuelto
el sueño, el gusto, de abundancia muero

— XXII —

A sus dos niñas difuntas

Para tomar de mi desdén venganza,
quitome amor las niñas que tenía,
con que miraba yo, como solía,
todas las cosas en igual templanza.

A lo menos conozco la mudanza
en los antojos de la vista mía;
de un día en otro, no descanso un día
del tiempo huye, lo que el tiempo alcanza

Almas parecen de mis niñas puestas
en mis ojos, que baña tierno llanto,
¡oh niñas, niño amor, niños antojos!

Niño deseo, que el vivir me cuestas;
mas ¿qué mucho también que llore tanto.
Quién tiene cuatro niñas en los ojos?

— XXIII —

Pruebo a engañar mi loco pensamiento
con la esperanza de mi bien perdido,
mostrándole en mil nubes escondido
un átomo no más de algún contento.

Mas él que sabe bien que cuanto intento
es apariencia de placer fingido,
se espanta de que estando al alma asido
le engañe con fingir lo que no siento

Le voy llevando de uno en mil engaños,
como si yo sin él tratase dellos,
siendo el mayor testigo de mis daños

Pero siendo forzoso padecellos,
¡oh quién nunca pensase en desengaños,
o se desengañase de tenellos!

— XXIV —

Del templo de la Fama en alta parte
vi diez, los que hasta ahora fueron nueve;
aquél por quien Apolo no se mueve
formaba un mármol excediendo el arte.

Con el rey de Sión estaba aparte
Gedeón, cuya gente en Achab bebe,
el que a rendir la tierra y mar se atreve
y Arturo con el ánglico estandart

Héctor, César, y Carlos con Gofredo,
que el gran sepulcro libertó de Cristo:
mas cuando entre los diez, para alabarlos

reconocer el último no puedo,
oigo una voz que dijo: —A los que has visto
dio luz, y quito fama el Quinto Carlos

— XXV —

Antes que el cierzo de la edad ligera
seque la rosa que en tus labios crece
y el blanco de ese rostro, que parece
cándidos grumos de lavada cera,

estima la esmaltada primavera,
Laura gentil, que en su beldad florece,
que con el tiempo se ama y se aborrece
y huirá de ti quien a tu puerta espera

No te detengas en pensar que vives,
oh Laura, que en tocarte y componerte
se entrará la vejez, sin que la llames

Estima un medio honesto, y no te esquives,
que no ha de amarte quien viniere a verte,
Laura, cuando a ti misma te desames

— XXVI —

Despidiéndose de una dama porque amanecía

En el sereno campo de los cielos
entraba el sol, pisando las estrellas
sus caballos flamígeros, y de ellas
limpiando el manto de color de celos.

Ya cuando vive en últimos desvelos
pasaba de su sueño a sus querellas,
sale la abeja entre las flores bellas
las aves por el aire esparcen vuelos

Vase en el mundo dilatando el día
en cercos de oro y arreboles rojos,
y en las hojas las perlas del rocío

Mas cuando tan hermoso el sol salía,
anocheció para mis tristes ojos,
porque como él salió, se puso el mío

— XXVII —

Bien fue de acero y bronce aquel primero,
que en cuatro tablas confió su vida
al mar, a un lienzo y a una cuerda asida,
y todo junto al viento lisonjero;

quien no temió del Orión severo
la espada en agua de la mar teñida,
el arco doble al Austro, y la ceñid
obtusa luna, de nublado fiero

el que fío mil vidas de una lengua
de imán tocada al Ártico mirando,
y entre líneas treinta y dos tres mil mudanzas

pero más duro fue para su mengua,
quien puso, las que tienen contemplando,
en mar de una mujer sus esperanzas

— XXVIII —

A un caballero llevando su dama a enterrar él mismo

Al hombro el cielo, aunque su sol sin lumbre
y en eclipse mortal las más hermosas
estrellas, nieve ya las puras rosas,
y el cielo tierra en desigual costumbre.

Tierra forzosamente pesadumbre,
y así no Atlante, a las heladas losas
que esperan ya sus prendas lastimosas
Sísifo sois, por otra incierta cumbre

Suplícoos me digáis, si amor se atreve
¿cuándo pesó con más pesar, Fernando,
o siendo fuego, o convertida en nieve?

Mas el fuego no pesa, que exhalando
la materia a su centro, es carga leve.
La nieve es agua, y pesará llorando

— XXIX —

Fue Troya desdichada y fue famosa,
vuelta en ceniza, en humo convertida,
tanto que en Grecia, de quien fue vencida,
está de sus desdichas envidiosa.

Así en la llama de mi amor celosa
pretende nombre mi abrasada vida,
y el alma en esos ojos encendid
la fama de atrevida mariposa

Cuando soberbia y victoriosa estuvo,
no tuvo el nombre que le dio su llama;
tal por incendios a la fama subo

Consuelo entre los míseros se llama,
¿que quien por las venturas no la tuvo,
por las desdichas venga a tener fama?

— XXX —

Muerte de Albania

¿A dónde vas con alas tan ligeras,
del hemisferio nuestro al tuyo opuesto,
divino sol en el Oriente puesto,
Dónde fuera más justo que nacieras?

Apenas te gozaron las riberas
del Tajo, a ser tu antípoda dispuesto,
cuando las cubres de ciprés funesto
robando en ti sus verdes primaveras

Los duros jaspes, los rebeldes bronces,
se ablandan escuchando mis enojos:
dime, pues ya te vas, si podré verte

Así Fabio lloraba. Albania entonces
mirole, y quiso hablar, cerró los ojos,
y respondiole lo demás la muerte

— XXXI —

Albania yace aquí, Fabio suspira,
matola un parto sin razón, dejando
la envidia alegre, y al amor llorando,
pues ya cualquiera fuerza le retira.

El Tajo crece por mostrar su ira
y corre de la muerte murmurando;
párase el sol, el túmulo mirando
temiendo en sí, lo que en Albania mira

Mas él, si se eclipsara, volver puede,
y Albania no, que de volver ajeno
a Fabio deja en el postrero parto

venganza fue para que ejemplo quede
que quien fue basilisco en dar veneno,
muriese como víbora en el parto

— XXXII —

Si gasta el mar la endurecida roca
con el curso del agua tierna y blanda,
si el español, que entre los indios anda,
con largo trato a su amistad provoca;

si al ruego el áspid la fiereza apoca,
si el fuego al hierro la fiereza ablanda,
no yerra amor, cuando esperar le mand
un imposible a mi esperanza loca

Que el tiempo que las rocas enternece,
indios, áspides, hierros, bien podría
sirviendo, amando cuanto amor concede

por más que mi desdicha os endurece,
señora, enterneceros algún día,
que un inmortal amor todo lo puede

— XXXIII —

A un loco favorecido por una dama

De la ignorancia en que dormí recuerdo
el tiempo que a la envidia tuve en poco,
pues a tenerla ahora me provoco
de los que viven fuera de su acuerdo.

Tú ganas sin sentir, sintiendo pierdo,
gozas tocando, imaginando toco;
dichoso loco, pues mereces loc
lo que jamás he merecido cuerdo

Si es loco amor, ¿por qué soy yo tenido
por cuerdo?, y si soy cuerdo, ¿qué procura
amor con tanta fuerza en mi sentido?

Loco, pues me ganaste la ventura,
troquemos el discurso, o el vestido;
toma mi seso, y dame tu locura

— XXXIV —

De este mi grande amor y el poco tuyo
no tengo culpa yo, tengo la pena,
que a tu naturaleza en todo ajena
juntarse dos contrarios atribuyo.

Este mi amor y tu desdén arguyo
de aquel humor que de una misma vena,
de dulce y agrio fruto el ramo enllena
siendo una tierra, un agua, el tronco el suyo

Veo la cera y veo el barro al fuego,
ésta ablandarse, aquél endurecerse,
que uno se rinde y otro se resiste

Y con igual afecto miro luego,
siendo una causa amor para encenderse,
que si me enternecí, te endureciste

— XXXV —

Ardese Troya y sube el humo oscuro
al enemigo cielo, y entre tanto,
alegre Juno mira el fuego y llanto,
¡venganza de mujer, castigo duro!

El vulgo, aun en los templos más seguro,
huye cubierto de amarillo espanto,
corre cuajada sangre el turbio Xanto
y viene a tierra el levantado muro

Crece el incendio propio al fuego extraño,
las empinadas máquinas cayendo,
de que se ven ruinas y pedazos

Y la dura ocasión de tanto daño,
mientras vencido Paris muere ardiendo,
del griego vencedor duerme en los brazos

— XXXVI —

Suena el azote, corredor Apolo,
sobre el carro que a Géminis alinda,
que falta para ver a mi Lucinda,
de tu carrera un paralelo sólo.

Dafnes te espera en el opuesto polo,
que puede ser que su dureza rinda,
y a mí la imagen más hermosa y linda
que ha visto el Panteón, ni el Mauseolo

Si quieres ver, para que no te admires,
la razón que me esfuerza a que la quiera,
mira su rostro, aunque es grande osadía

Mas ay, sol envidioso, no la mires,
que no llegando al Indio, que te espera,
harás eterno de esta ausencia el día

— XXXVII —

Céfiro blando, que mis quejas tristes
tantas veces llevaste; claras fuentes,
que con mis tiernas lágrimas ardientes,
vuestro dulce liquor ponzoña hiciste;

selvas que mis querellas esparcites,
ásperos montes a mi mal presentes,
ríos, que de mis ojos siempre ausentes
veneno al mar como tirano distes

pues la espera de rigor tan fiero
no me permite voz articulada,
decid a mi desdén que por él muero

Que si la viere el mundo transformada
en el laurel, que por dureza espero,
de ella veréis mi frente coronada

— XXXVIII —

Del Duque de Osuna y Conde de Ureña

El tiempo, a quien reviste el tiempo en vano,
llevó tras sí los griegos valerosos,
los Augustos, los Césares famosos
después de las reliquias del troyano.

Llevose con el griego y el romano
la gloria de los godos belicosos,
y aquellos españoles generosos
origen claro del valor cristiano

Apolo y Marte ociosos en la tierra,
íbanse al cielo, y vuestro abuelo santo
por tenerlos asioles de la ropa

Dejáronle por irse en paz y en guerra
los dos Girones que hoy os honran tanto,
que dellos se vistió de gloria Europa

— XXXIX —

A una dama que le echó un puñado de tierra

Como a muerto me echáis tierra en la cara;
yo lo debo de estar, y no lo siento,
que aun muerto en vuestro esquivo pensamiento
menos sentido que éste le bastara.

Vivo os juré que muerto os confesara
la misma fe; cumplí mi juramento,
pues ya después del triste enterramient
ni cesa la afición, ni el amor para

No sé si os pueda dar piadoso nombre,
oh manos, que enterráis al muerto amigo,
después que le mató vuestra hermosura

Que es de ladrón fiel, ya muerto el hombre
no de piedad mas miedo del castigo,
darle en su propia casa sepultura

— XL —

Mis pasos engañados hasta ahora
por jardines hibleos y pensiles,
por pensamientos y esperanzas viles,
infancia noche, juventud aurora;

razón esclava, voluntad señora,
vistiendo mi virtud como a otro Aquiles,
me han traído caballos y sutiles
a donde el alma sus engaños llora

¡Oh pasos ciegos de mi edad perdida,
que en polvo, en humo, en sombra se convierte,
entrada triste y mísera salida!

El primero que di, ¡qué triste suerte!
ése me descontaron de la vida,
y le puso en sus límites la muerte

— XLI —

Hermosos ojos, yo juré que había
de hacer en vos de mi rudeza empleo,
en tanto que faltaba a mi deseo
el oro puro que el Oriente cría.

Rústica mano de esta fuente fría
ofrece el agua; mas mirad que a Orfeo
versos le dieron singular trofe
de aquella noche, que no ha visto el día

Y pues que en la crueldad, que en toda parte
usáis conmigo, vuestro cuerpo tierno
puede temer la pena de Anaxarte

no despreciéis el don, que al lago Averno
irá por voz mi amor, venciendo el arte,
mas tal hielo aun no teme el fuego eterno

— XLII —

Dejadme un rato, pensamientos tristes,
que no me he de rendir a vuestra fuerza
si es gran contrario amor, amor me esfuerza
penad y amad, pues que la causa fuistes.

No permitáis, si de mi amor nacistes,
que la costumbre, que a volver me fuerza,
de mi firme propósito me tuerza
pues en los desengaños me pusistes

No queráis más que amar, amar es gloria,
no la manchéis con apetitos viles;
vencedme, y venceréis mayor victoria

Si en Troya no hay traidor, ¿qué importa Aquiles?
¡Mas, ay que es mujer flaca la memoria,
y vosotros cobardes y sutiles!

— XLIII —

A las ojeras de una dama

Ojos, por quien llamé dichoso al día
en que nací para morir por veros,
que por salir de noche a ser luceros,
cercáis de azul la luz que al sol envía.

Hermosos ojos, que del alma mía
un inmortal engaste pienso haceros
de envidia del zafir, que por querero
entre cristal y rosa el cielo cría

Ahora sí, que vuestras luces bellas
son de mi noche celestial consuelo,
pues en azul engaste vengo a vellas

Ahora sí, que sois la luz del suelo,
ahora sí, que sois ojos estrellas,
que estáis en campo azul, color de cielo

— XLIV —

Que otras veces amé, negar no puedo,
pero entonces Amor tomó conmigo
la espada negra, como diestro amigo,
señalando los golpes en el miedo.

Mas esta vez, que batallando quedo,
blanca la espada y cierto el enemigo,
no os espantéis que llore su castigo
pues al pasado amor, amando excedo

Cuando con armas falsas esgrimía,
de las heridas traje en el vestido,
sin tocarme en el pecho, las señales

Mas en el alma ya, Lucinda mía,
donde mortales en dolor han sido,
y en el remedio heridas inmortales

— XLV —

Tened piedad de mí que muero ausente,
hermosas ninfas de este blando río,
que bien os lo merece el llanto mío,
con que suelo aumentar vuestra corriente.

Saca la coronada y blanca frente,
Tormes famoso, a ver mi desvarío,
así jamás te mengüe el seco estí
y esta montaña tu cristal aumente

Mas, ¿qué importa que el llanto mío recibas,
si no vas a morir al Tajo, a donde
mis penas pueda ver la causa de ellas?

Tus ninfas en tus ondas fugitivas
y tu cabeza coronada esconde,
que basta que me escuchen las estrellas

— XLVI —

A la jornada de Inglaterra a bordo del «San Juan»

Famosa armada de estandartes llena,
partidos todos de la roja estola,
árboles de la Fe, donde tremola
tanta fámula blanca en cada entena;

selva del mar, a nuestra vista amena,
que del cristiano Ulises la fe sola
te saca de la margen español
contra la falsedad de una sirena

id y abrasad el mundo, que bien llevan
las velas viento, y alquitrán los tiros,
que a mis suspiros y a mi pecho deban

Segura de los dos podéis partiros,
fiad que os guarden, y fiad que os muevan:
tal es mi fuego, y tales mis suspiros

— XLVII —

Retrato mío, mientras vivo ausente,
guardad la puerta asido de la llave,
que haré a Guzmán que este bosquejo acabe,
con lo que me pusieron en la frente.

Laurel decía la engañada gente,
no le afrentéis con otra rama grave,
porque si Midas el remedio sabe
la tierra no lo sufre ni consiente

Mi bien es de las Indias combatido,
decid si el alma consintió en mi daño,
que el alma no la compra mortal precio

Y pues Guzmán no os acabó el vestido,
yo os le daré por este desengaño,
aunque cualquiera desengaño es necio

— XLVIII —

El pastor que en el monte anduvo al hielo,
al pie del mismo, derribando un pino,
en saliendo el lucero vespertino
enciende lumbre y duerme sin recelo.

Dejan las aves con la noche el vuelo,
el campo el buey, la senda el peregrino,
la hoz el trigo, la guadaña el lino
que al fin descansa cuanto cubre el cielo

Yo solo, aunque la noche con su manto
esparza sueño, y cuanto vive aduerma,
tengo mis ojos de descanso faltos

Argos los vuelve la ocasión y el llanto,
sin vara de Mercurio que los duerma,
que los ojos del alma están muy altos

— XLIX —

Al Duque de Alba

Divino sucesor del nuevo Alcides,
que puso en Francia, Italia, África y Flandes
pirámides más altas y tan grandes
que fueron gloria de cristianos Cides.

Puesto que ahora, como tiernas vides,
de tus pasados en los troncos andes,
cuando esos brazos tan heroicos mande
verá la Fama que sus pasos mides

Tú que de aquellas águilas desciendes,
que miraron del sol la excelsa llama,
serás el Fénix que hoy su fuego enciendes

y entonces yo donde tu amor me llama
iré seguro, que mi bien pretendes,
y a sombra de tus hechos tendré fama

— L —

Marcio, yo amé, y arrepentime amando
de ver mal empleado el amor mío;
quise olvidar, y del olvido el río
huyome como a Tántalo en llegando.

Remedios vanos sin cesar probando,
venció mi amor, creció mi desvarío;
dos veces por aquí pasó el estío
y el sol nunca mis lágrimas secando

Marcio, ausentéme, y en ausencia un día
miráronme unos ojos y mirelos;
no sé si fue su estrella, o fue la mía

Azules son, sin duda son dos cielos,
que han hecho lo que un cielo no podía.
Vida me da su luz, su color celos

— LI —

A los Reyes de España

Las dos luces del mundo en mortal velo,
que España en forma de Latona cría,
solían dividir la noche y día,
nuestro polo español y el austro cielo.

Mas ya que un mismo amor y un justo celo
juntó sus almas, donde más podía,
por las esferas de su monarquí
caminan en un mismo paralelo

Y así pasando por tu signo ahora,
como en oriente, de Castilla nacen,
Valladolid famosa y excelente

ya tienes de su cielo, sol y Aurora;
da luz, da perlas, pues los dos te hacen,
Filipo cielo, Margarita oriente

— LII —

Entre aquestas columnas abrasadas,
frías cenizas de la ardiente llama
de la ciudad famosa, que se llama
ejemplo de soberbias acabadas;

entre éstas otro tiempo levantadas,
y ya de fieras deleitosa cama,
entre aquestas ruinas, que la fam
por memoria dejó medio abrasadas

entre éstas ya de púrpura vestidas,
y ahora sólo de silvestres hiedras,
despojos de la muerte rigurosa

busco memorias de mi bien perdidas,
y hallo sólo una voz, que entre estas piedras
responde: Aquí fue Troya la famosa

— LIII —

Estando ausente de tus ojos bellos,
sus rayos me abrasaron, ¡caso extraño!
Y no fue sueño, ni parezca engaño,
que me abrasaron, aunque lejos de ellos.

Al sol los levantaste, y él con ellos
venció la luz de la mitad del año;
yo quise ver lo que era por mi daño
y por mirar al sol, vi al sol en ellos

Fue espejo el sol, el cual reverberando
en mí tus ojos con ardor tan nuevo
pudieron abrasar el alma mía

Fue infierno el mundo, y fuego el aire blando,
el sol Faetón, yo etíope, tú Febo,
el norte incendio, y el ocaso día

— LIV —

A Pedro Liñán

Liñán, el pecho noble sólo estima
bienes que el alma tiene por nobleza,
que, como vos decís, torpe riqueza
está muy lejos de comprar su estima.

¿A cuál cobarde ingenio desanima
segura, honesta y liberal pobreza,
ni cual por ver pintada la cortez
quiere que otro señor su cuello oprima?

No ha menester fortuna el virtuoso,
la virtud no se da ni se recibe,
ni en naufragio se pierde ni es impropia

Mal haya quien adula al poderoso,
aunque fortuna humilde le derribe,
pues la verdad es premio de sí propia

— LV —

Cuando por este margen solitario
villano agricultor os trasponía,
verdes olmos, apenas yo sabía
qué fuese honesto bien, ni mal contrario.

Treinta veces el sol al Sagitario,
saliendo de la casa húmeda y fría
del Escorpión, tocó desde aquel día
curso inmortal de su camino vario

Crecisteis y crecí; vuestra belleza
fue mi edad verde, como ya a mis años
espejo vuestra rígida corteza

Los dos sin frutos vemos sus engaños.
Mas ¡ay que no eran en vos naturaleza!
Perdí mi tiempo, lloraré mis daños

— LVI —

Que eternamente las cuarenta y nueve
pretendan agotar el lago Averno,
que Tántalo del agua y árbol tierno
nunca el cristal ni las manzanas pruebe;

que sufra el curso que los ejes mueve
de su rueda Ixión por tiempo eterno,
que Sísifo llorando en el infierno
el duro canto por el monte lleve

que pague Prometeo el loco aviso
de ser ladrón de la divina llama,
en el Caúcaso que sus brazos liga

terribles penas son, mas de improviso
ver otro amante en brazos de su dama,
si son mayores, quien los vio los diga

— LVII —

Silvio en el monte vio con lazo estrecho
un nudo de dos áspides asidas,
que así enlazadas a furor movidas
se mordían las bocas, cuello y pecho.

Así —dijo el pastor— que están, sospecho,
en el casado yugo aborrecidas
dos enlazadas diferentes vidas
rotas las paces, el amor deshecho

Por dividir los intrincados lazos,
hasta la muerte de descanso ajenos,
alzó el cayado y prosiguió diciendo

—Siendo enemigos, ¿para qué en los brazos?
¿para qué os regaláis, y os dais venenos?
Dulce morir, por no vivir muriendo

— LVIII —

Dulce desdén, si el daño que me haces
de la suerte que sabes, te agradezco,
¿qué haré si un bien de tu rigor merezco?
pues sólo con el mal me satisfaces.

No son mis esperanzas pertinaces,
por quien los males de tu bien padezco,
sino la gloria de saber que ofrezc
alma y amor de tu rigor capaces

Dame algún bien, aunque con él me prives
de padecer por ti, pues por ti muero,
si a cuenta de él mis lágrimas recibes

¿Mas cómo me darás el bien que espero,
si en darme males tan escaso vives
que apenas tengo cuantos males quiero?

— LIX —

Al sol que os mira, por miraros miro,
que pienso que la luz de vos tomando,
en sus rayos la vuestra estoy mirando,
y luego de dos soles me retiro.

Águila soy, a salamandra aspiro,
este Dédalo amor me está animando,
pero anochece y como estoy llorando
en el mar de mis lágrimas espiro

Y como donde estoy sin vos no es día,
pienso cuando anochece, que vos fuistes
por quien perdió los rayos que tenía

Porque si amaneció cuando le vistes,
dejándole de ver noche sería
en el ocaso de mis ojos tristes

— LX —

Quien dice que en mujeres no hay firmeza,
no os puede haber, señora, conocido,
ni menos el que dicen que han nacido
de un parto la crueldad y la belleza.

Un alma noble, una real pureza
de un cuerpo de cristal hicieron nido;
el mismo ser está con vos corrido
y admirada de sí naturaleza

Firme sois, y mujer, si son contrarios,
hoy vuestro pecho con victoria quede,
de que es sujeto que los ha deshecho

Bronce, jaspe, metal, mármoles parios,
consume el tiempo; vuestro amor no puede,
que es alma de diamante en vuestro pecho

— LXI —

Ir y quedarse y con quedar partirse,
partir sin alma e ir con alma ajena,
oír la dulce voz de una sirena
y no poder del árbol desasirse,

arder como la vela y consumirse,
haciendo torres sobre tierna arena,
caer de un cielo y ser demonio en pena
y de serlo jamás arrepentirse

hablar entre las mudas soledades,
pedir prestada sobre fe paciencia,
y lo que es temporal llamar eterno

creer sospechas y negar verdades
es lo que llaman en el mundo ausencia,
fuego en el alma y en la vida infierno

— LXII —

En las riberas del egipcio Nilo,
cuando los hombres desde lejos huele,
imitando sus quejas, llorar suele
con triste voz el falso cocodrilo.

Y tú que imitas su engañoso estilo,
quieres que con tu llanto me desvele,
pues cuando veo que mi mal te duele
por ti llorando el corazón destilo

Voy a tus manos, porque al fin me obliga
la vista de tus lágrimas traidoras,
blandas llamando, agradeciendo ingratas

¡Oh fiera en condición, y en llanto amiga!
Si me quieres matar, ¿por qué no lloras?
Y si me has de llorar, ¿por qué me matas?

— LXIII —

Padre de los humanos, Amor ciego,
de quien nació la vida de dos vidas,
y por quien tantas fueron consumidas,
destierro de la paz y del sosiego.

Amor, que a un tiempo eres troyano y griego,
breve placer, tesoro del rey Midas,
divino ensalmador de tus heridas
luna, que porque crece, mengua luego

¿Por qué te llaman padre, si no eres
como Saturno que sus hijos come?
que en efecto aborreces lo que quieres

Amor, pues no hay quien residencia tome
a la poca verdad de tus placeres,
mi muerte será Alcides que te dome

— LXIV —

Yo vi sobre dos piedras plateadas
dos columnas gentiles sostenidas,
de vidrio azul cubiertas, y cogidas
en un cendal pajizo y dos lazadas.

Turbéme y dije: ¡Oh prendas reservadas
al Hércules que os tiene merecidas,
si como de mi alma sois querida
os viera de mis brazos levantadas!

Tanto sobre mis hombros os llevara,
que en otro mundo, que ninguno viera,
fijara del Plus Ultra los trofeos

O fuera yo Sansón, que os derribara,
porque cayendo vuestro templo diera
vida a mi muerte y muerte a mis deseos

— LXV —

Lucinda, yo me siento arder, y sigo
el sol que de este incendio causa el daño,
que porque no me encuentre el desengaño,
tengo el engaño por eterno amigo.

Siento el error, no siento lo que digo,
a mi yo propio me parezco extraño;
pasan mis años, sin que llegue un añ
que esté seguro yo de mí conmigo

¡Oh dura ley de amor! que todos huyen
la causa de su mal, y yo la espero
siempre en mi margen, como humilde río

Pero si las estrellas daño influyen
y con las de tus ojos nací y muero,
¿cómo las venceré sin albedrío?

— LXVI —

Al Serenísimo Archiduque

Canta la edad primera los amores,
nave sin lastre es el ingenio tierno,
flámulas, velas, jarcias sin gobierno,
campo sin fruto y con viciosas flores.

Mis juveniles lágrimas y ardores
pasaron con el sol, que al curso eterno
llevó la primavera, y al inviern
vuelve los pasos de mi edad mejores

Yo seguiré tus armas, y la pluma
osaré levantar hasta tu espada,
aunque como otro Dédalo presuma

y verá la región a España helada,
y el mar que en sangre teñirá su espuma,
de oro y laurel su frente coronada

— LXVII —

A su amante, Micaela de Luján

Yo no espero la flota, ni importuno
al cielo, al mar, al viento por su ayuda,
ni que segura pase la Bermuda
sobre el azul tridente de Neptuno.

Ni tengo hierba en campo, o rompo alguno
con el arado, en que el villano suda,
ni del vasallo, que con renta acuda
provecho espero en mi favor ninguno

Mira estas hiedras, que con tiernos lazos,
para formar sin alma su himeneo
dan a estos verdes álamos abrazos

Y si tienes, Lucinda, mi deseo,
hálleme la vejez entre tus brazos,
y pasaremos juntos el Leteo

— LXVIII —

De Jasón

Encaneció las ondas con espuma
Argos, primera nave, y sin temellas
osó tocar la gavia las estrellas
y hasta el cerco del sol volar sin pluma.

Y aunque Anfitrite airada se consuma,
dividen el cristal sus ninfas bellas,
y hasta Colchos Jasón pasa por ellas
por más que el viento resistir presuma

Más era el agua que el dragón y el toro,
mas no le estorba que su campo arrase
la fuerte proa entre una y otra sierra

Rompiose al fin por dos manzanas de oro
para que el mar crüel no se alabase,
que por lo mismo se perdió la tierra

— LXIX —

Al conde don Thomas Porcey, mártir en Inglaterra

Como es la patria celestial colonia,
bien que el camino a los mortales agro,
ilustrísimo Conde, a quien consagro
los árboles de Apolo y de Tritonia,

fuiste contra la fiera Babilonia,
aunque cordero tierno por milagro,
nuevo, divino, heroico Meleagr
de la escocesa Silva Caledonia

Ya muerto, otro Mercurio te contemplo,
que tomando las arnas y la espada,
despojos de tu noble mausoleo

en defensa de Cristo y de su templo,
Julián y Babilonia derribada,
confiesen que ha vencido el Galileo

— LXX —

Atada al mar Andrómeda lloraba,
los nácares abriéndose al rocío,
que en sus conchas cuajado el cristal frío
en cándidos aljófares trocaba.

Besaba el pie, las peñas ablandaba
humilde el mar, como pequeño río;
volviendo el sol la primavera estío
parado en su cenit la contemplaba

Los cabellos al viento bullicioso,
que la cubra con ellos la rogaban,
ya que testigo fue de iguales dichas

Y celosas de ver su cuerpo hermoso
las nereidas su fin solicitaban,
que aun hay quien tenga envidia en las desdichas

— LXXI —

De Europa y Júpiter

Pasando el mar el engañoso toro,
volviendo la cerviz el pie besaba
de la llorosa ninfa, que miraba
perdido de las ropas el decoro.

Entre las aguas y las hebras de oro
ondas el fresco viento levantaba,
a quien con los suspiros ayudaba
del mal guardado virginal tesoro

Cayéronsele a Europa de las faldas
las rosas al decirle el toro amores,
y ella, con el dolor de sus guirnaldas

dicen que, llenó el rostro de colores,
en perlas convirtió sus esmeraldas
y dijo: ¡Ay triste yo!, perdí las flores

— LXXII —

A una dama que tenía los ojos enfermos

Si estáis enfermos, dulces ojos claros,
no os espantéis, pues tantos os desean,
que no es posible, si dejáis que os vean,
que dejen de quereros o envidiaros.

Mis pensamientos no temiendo hallaros,
libres de la justicia se pasean;
como al sol, cuando nubes le rodean
dicen mis ojos que podrán miraros

Enfermos soles y nublados cielos,
hoy tomarán venganza mis enojos,
porque en la condición mudéis de estilo

Si azules fuistes por matar con celos,
hoy como espada quedaréis, mis ojos,
que tienen de cortar gastado el filo

— LXXIII —

A don Félix Arias Girón

Don Félix, si al amor le pintan ciego,
lo que no viera yo jamás lo amara;
si con alas veloces, ¿cómo para,
pues tengo entre mis lágrimas sosiego?

Si me ha consumido, ¿cómo es fuego,
no siendo fénix en el mundo rara?
y si es desnudo amor, ¿cómo repar
en que le vistan, o se cansa luego?

Pintarle como niño importa poco,
Luzbel se amó, y así fue amor nacido
antes que viese Adán del sol la lumbre

Mejor fuera pintarle como a loco,
haciéndole a colores el vestido,
y no llamarle amor, sino costumbre

— LXXIV —

Salió Faetón y amaneció el Oriente
vertiendo flores, perlas y tesoros;
pasó por alto del mar indio al moro
turbado de su luz resplandeciente.

Las montañas de nubes al poniente
iban subiendo y de la Libra al Toro,
cuando cayó, sembrando el carro de or
del Eridano claro en la corriente

Recibiole llorando la ribera,
de su temeridad castigo justo,
que tan alto subir tan bajo para

Pero mísero de él, ¿dónde cayera,
si con freno de fuerza y no de gusto
la voluntad de una mujer guiara?

— LXXV —

A la caída de Faetón

El cuerpo de Faetón Climene mira
orillas del Erídano arrojado,
en cuyo pecho mísero abrasado
aún dura el fuego de quien humo espira.

Y dice así: la tierra humilde mira,
hijo famoso, el pensamiento honrado
con que de las estrellas abrazado
a gobernar la luz del cielo aspira

Murmura en fin que en temerario alzaste
vuelo imposible al sol, de quien caíste,
cuyos rayos intrépido miraste

Dirá que ciego y ambicioso fuiste,
pero no negará que confirmaste,
muerto en el cielo, que del sol naciste

— LXXVI —

A Pedro Liñán de Riaza

Señor Liñán, quien sirve sin estrella
en átomos del sol quimeras hace,
pues cuanto más el duro yugo abrace
tanto más su fortuna le atropella.

De mí estoy cierto, que nací sin ella,
¿pues que porfía, el que sin ella nace?
La forma sin materia se deshace
cantar no puedo en Babilonia bella

Sin premio cosa injusta me parece
perder el tiempo, encanecer temprano,
ídolos de dosel, confuso abismo

Dichoso vos, a quien el cielo ofrece
tabla en el mar, y en el profundo mano,
sirviendo a dueño que se da si mismo

— LXXVII —

Rompe las conchas Hércules famoso
de la Hidra feroz y el campo esmalta
de veneno y de sangre, el tronco salta
por la violencia del bastón nudoso.

Pero súbitamente el escamoso
cuello brota en lugar de aquella falta
siete cabezas de cerviz más alta
temblando el eco al silbo temeroso

Así yo triste, que vencer deseo
esta sierpe cruel de mi fortuna
en tantas diferencias de batallas

con más desdichas sin cesar peleo;
mas donde quiero remediar alguna,
resultan tantas que es mejor dejallas

— LXXVIII —

Al triunfo de Judit

Cuelga sangriento de la cama al suelo,
el hombro diestro del feroz tirano,
que, opuesto al muro de Betulia en vano,
despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ansia el rojo velo
del pabellón a la siniestra mano,
descubre el espectáculo inhuman
del tronco horrible, convertido en hielo

Vertido Baco, el fuerte arnés afea
los vasos y la mesa derribada;
duermen las guardas, que tan mal emplea

Y sobre la muralla coronada
del pueblo de Israel la casa hebrea
con la cabeza resplandece armada

— LXXIX —

Montes se ensalzan y dilatan ríos,
señora, entre los dos, mas por momento
vuelan a ti mis dulces pensamientos,
que dijera mejor mis desvaríos.

Por altas sierras, por extremos fríos
dejan atrás los animosos vientos,
aunque llevan consigo mis tormentos
con ser tan graves los tormentos míos

Si de mi vida con su luz reparte
tu sol los días, cuando verte intente,
qué importa que me acerque o que me aparte

Donde quiera se ve su hermoso oriente,
pues, si se ve desde cualquier parte,
quien es mi sol no puede estar ausente

— LXXX —

Mis recatados ojos, mis pasiones,
más encogidas que mi amor quisiera,
mi fe, que en vuestras partes considera
la cifra de tan altas perfecciones;

el justo limitar demostraciones,
el mudo padecer que persevera,
la voluntad que, en siendo verdadera
libra para las obras las razones

todos, señora, os dicen que esperando
están de vos lo que el amor concede
a los que saben padecer callando

Si el tiempo vuela y la fortuna puede,
no hay esperar como callar amando,
ni amor que calle que sin premio quede

— LXXXI —

A una dama que dejaba lo que amaba por interés de lo que aborrecía

Clarinda, Amor se corre y no consiente
que Adonis llore y que se alegre Marte,
y que a naturaleza venza el arte,
negando el rostro lo que el alma siente.

Quien ama y disimula, o sufre, o miente,
con nuevo gusto el alma se reparte;
pero la fe, sin ella tiene parte
es carácter que dura eternamente

Ya es costumbre y no razón mudarse,
quien oro ha de medir lágrimas mida,
que con mayor valor pueden pesarse

Venganza injusta fama infame pida,
que es dentro arderse y por de fuera helarse
bastardo efecto de verdad fingida

— LXXXII —

A Lupercio Leonardo

Pasé la mar, cuando creyó mi engaño
que en él mi antiguo fuego se templara;
mudé mi natural, porque mudara
naturaleza el uso y curso el daño.

En otro cielo, en otro reino extraño
mis trabajos se vieron en mi cara,
hallando, aunque otra tanta edad pasara
incierto el bien y cierto el desengaño

El mismo amor me abrasa y me atormenta
y de razón y libertad me priva,
¿por qué os quejáis del alma que le cuenta?

¿Que no escriba decís, o que no viva?
Haced vos con mi amor, que yo no sienta,
que yo haré con mi pluma que no escriba

— LXXXIII —

A doña Laura de Guzmán

Verdad debe de ser que de la rama
de aquel laurel, cuya dureza admira,
Apolo fabricó la dulce lira
que fue de su dolor perpetua fama.

Pues ya desde el Parnaso, Laura, os llama
y desde el cielo enamorado os mira
para que le cantéis, mientras suspira
como instrumento y parte de su dama

Dafnes fue hermosa, pero hermosa y loca;
vos tan discreta para vuestro Apolo,
que al del cielo matáis de envidia y celos

Y así de hoy más ser su laurel os toca,
que pues en todo sois sola, este solo
darán por premio al vencedor los cielos

— LXXXIV —

Con nuevos lazos, como el mismo Apolo,
hallé un cabello a mi Lucinda un día
tan hermosa, que al cielo parecía
en la risa del alba abriendo el polo.

Vino un aire sutil y desatolo
con blando golpe por la frente mía,
y dije a Amor que para qué tejí
mil cuerdas juntas para un arco solo

Pero él responde: —Fugitivo mío,
que burlaste mis brazos, hoy aguardo
de nuevo echar prisión a tu albedrío—

Yo triste que por ella muero y ardo,
la red quise romper, ¡qué desvarío!
pues más me enredo mientras más me guardo

— LXXXV —

Si todas las espadas, que diez años
sobre Troya desnudas tuvo el griego,
si de Roma abrasada todo el fuego,
si de España perdida tantos años,

si el toro de metal, si los extraños,
caballos fieros de Diomedes ciego,
si todo el infernal desasosieg
tan libre de esperanzas y de engaños

sufriese, ardiese, hiciese, atormentase,
despedazase, y siempre me tuviese,
y al dolor que padezco se igualase

no es posible que el alma lo sintiese
o que, si lo sintiese y os mirase,
entre estas penas gloria no tuviese

— LXXXVI —

Quiero escribir y el llanto no me deja
pruebo a llorar y no descanso tanto
vuelvo a tomar la pluma y vuelve el llanto,
todo me impide el bien, todo me aqueja.

Si el llanto dura el alma se me queja,
si el escribir, mis ojos, y si en tanto,
por muerte o por consuelo me levanto
de entrambos la esperanza se me aleja

Ve blanco al fin, papel, y a quien penetra
el centro de este pecho que me enciende,
le di, si en tanto bien pudieres verte

que haga de mis lágrimas la letra,
pues ya que no lo siente, bien entiende
que cuanto escribo y lloro todo es muerte

— LXXXVII —

Desde esta playa inútil y desierto
a donde me han traído mis antojos,
mirando estoy el mar de mis enojos,
la cierta muerte y el camino incierto.

La tierra opuesta del amigo puerto,
sobre las rotas barcas y despojos
me muestra el cuerpo y los difuntos ojo
del joven Ifis por sus manos muerto

Veo mi muerte dura y rigurosa,
de quien ningún humano se resiste,
y veo el lazo que mi cuello medra

y a vos, dura Anaxarte, victoriosa,
de quien me vengue el cielo; mas ¡ay triste!
¿qué castigo os dará, si ya sois piedra?

— LXXXIII —

A una dama que consultaba astrólogos

Deja los judiciarios lisonjeros,
Lidia, con sus aspectos intrincados,
sus opuestos, sus trinos, sus cuadrados,
sus planetas benévolos o fieros,

las hierbas o caracteres ligeros
a Venus vanamente dedicados,
que siempre son sus dueños desdichados
y recíproco amor, cuando hay Anteros

Sin duda te querrán, si eres hermosa;
la verde edad es bella geomancía,
si sabes, tú sabrás, si eres dichosa

Toma un espejo al apuntar del día;
y, si no has menester jazmín ni rosa,
no quieras más segura astrología

— LXXXIX —

Añorando a Micaela de Luján, su amante

Cubran tus aguas, Betis caudaloso,
las galeras de Italia y españolas;
de Sevilla a Triana formen solas
por una y otra margen puente hermoso.

Las naves indias, con metal precioso
más hinchadas que de aire sus ventolas,
tu pecho opriman libre de las ola
del mar en la Bermuda riguroso

Apenas des lugar para los barcos,
y en el mejor Lucinda sin memoria
honre tus fiestas con igual presencia

Diviértase en tus salvas, triunfos, y arcos,
mientras que tengo yo por mayor gloria
peñas del Tajo y soledad de ausencia

— XC —

El Conde Lemos

La antigua edad juzgó por imposibles
tres cosas celebradas en el mundo,
o hallar jamás artífice segundo
a quien segunda vez fuesen posibles;

la clava, con que Alcides tan horribles
monstruos venció en la tierra y el profundo,
de Júpiter el rayo furibund
y los versos de Homero inaccesibles

Otras tres hay en nuestra edad presente:
las hazañas de Carlos soberano,
del nuevo Salomón el nuevo templo

y vuestros versos, Conde, en cuya fuente
resplandece el laurel ingrato en vano,
que no teniendo igual sirve de ejemplo

— XCI —

No me quejara yo de larga ausencia
sí como todos dicen fuera muerte;
mas pues la siento, y es dolor tan fuerte,
quejarme puedo sin pedir licencia.

En nada del morir tiene apariencia,
que si el sueño es su imagen, y divierte
la vida del dolor, tal es mi suert
que aun durmiendo no he visto su presencia

Con más razón la llamarán locura,
efecto de la causa y accidente,
si el no dormir es el mayor testigo

Oh ausencia peligrosa y mal segura,
valiente con rendidos, que un ausente
en fin vuelve la espalda a su enemigo

— XCII —

Sufre la tempestad el que navega,
el enojoso mar y el viento incierto
con la esperanza del alegre puerto,
mientras la vista a sus celajes llega.

En la Libia calor, hielo en Noruega,
de sangre, de armas y sudor cubierto,
sufre el soldado; el labrador despiert
al alba, el campo cava, siembra y riega

El puerto, el saco, el fruto, en mar, en guerra,
en campo, al marinero y al soldado
y al labrador anima y quita el sueño

Pero triste de aquel que tanto yerra,
que en mar y en tierra helado y abrasado
sirve sin esperanza ingrato dueño

— XCIII —

De Pompeyo y César

Cuando del mundo universal las llaves
tuviste, y sus cabezas humilladas,
rendido Mitridates, y alcanzadas
tantas victorias y tres triunfos graves,

¿quién dijera, ¡oh Pompeyo!, que las naves
en las peñas del Nilo quebrantadas
quemaran tus reliquias, arrojada
a los peces y de ellas a las aves?

Y a ti. César dichoso, que en Farsalia
por la toga trocaste el blanco acero,
todos los enemigos sosegados

¿quién te dijera, gobernando a Italia,
tu amargo fin, a no saber primero
que no se pueden resistir los hados?

— XCIV —

Este mi triste y miserable estado
me ha reducido a punto tan estrecho,
que cuando espero el bien, el mal sospecho,
temiendo el mal, del bien desconfiado.

El daño me parece declarado
y entre mil imposibles el provecho,
propios efectos de un dudoso pecho
cobarde al bien y al mal determinado

Deseo la muerte para ver si ella
halla tan grave mal el bien extremo;
mas quien por bien la tiene no la alcanza

Quién la pasara ya por no temella,
que estoy tal de esperar, que menos temo
la pena del morir que la tardanza

— XCV —

Sosiega un poco, airado temeroso,
humilde vencedor, niño gigante,
cobarde matador, firme inconstante,
traidor leal, rendido victorioso.

Déjame en paz, pacífico furioso,
villano hidalgo, tímido arrogante,
cuerdo loco, filósofo ignorante
ciego lince, seguro cauteloso

Ama, si eres Amor, que si procuras
descubrir con sospechas y recelos
en mi adorado sol nieblas oscuras

en vano me lastimas con desvelos;
trate nuestra amistad, verdades puras,
no te encubras, Amor, di que eres celos

— XCVI —

De Leandro

Por ver si queda en su furor deshecho
Leandro arroja el fuego al mar de Abido,
que el estrecho del mar al encendido
pecho parece mucho más estrecho.

Rompió las sierras de agua largo trecho,
pero el fuego, en sus límites rendido,
del mayor elemento fue vencid
más por la cantidad que por el pecho

El remedio fue cuerdo, el amor loco,
que como en agua remediar espera
el fuego, que tuviera eterna calma

bebiose todo el mar, y aún era poco;
que si bebiere menos no pudiera
templar la sed desde la boca al alma

— XCVII —

Tristezas, si al hacerme compañía
es fuerza de mi estrella y su aspereza,
vendréis, a ser en mí naturaleza,
y perderá su fin vuestra porfía.

Si gozar no merecen de alegría
aquellos que ni saben qué es tristeza,
¿cuándo se mudará vuestra firmeza?
¿cuándo veré de mi descanso el día?

Sola una gloria os hallo conocida,
que si es el fin el triste sentimiento
de las alegres horas de esta vida

vosotras le tendréis en el contento,
mas, ¡ay!, que llegaréis a la partida
y llevarase mi esperanza el viento

— XCVIII —

A don Luis de Vargas Manrique

Conteniendo el Amor y el Tiempo un día
señor don Luis, sobre su fiero estrago,
la destrucción de Roma y de Cartago,
el viejo en voz cansada repetía:

(Amor con vanas fábulas quería
cifrar en muerte su fingido halago;
y en Troya, cuando fue sangriento lago
las cenizas de Helena revolvía.)

—Bien sabes —replicó por pasatiempo
al ignorante niño el viejo sabio—,
que con sola una ausencia te enflaquezco—

Pidió un testigo Amor, trújome el Tiempo;
yo juré que en un hora, habiendo agravio,
no sólo sé olvidar, pero aborrezco

— XCIX —

Perderá de los cielos la belleza,
el ordinario curso, eterno y fuerte;
la confusión, que todo lo pervierte,
dará a las cosas la primer rudeza.

Juntáranse el descanso y la pobreza
será el alma inmortal sujeta a muerte,
hará los rostros todos de una suerte
la hermosa en variar naturaleza.

Los humores del hombre reducidos
a un mismo fin se abrazarán concordes,
dará la noche luz y el oro enojos.

Y quedarán en paz eterna unidos
los elementos, antes aquí discordes,
antes que deje de adorar tus ojos.

— C —

A la muerte de don Rodrigo de Silva y Mendoza, duque de Pastrana

¿Quién llora aquí? —Tres somos, quita el manto.
—La Muerte soy. —¿La Muerte? ¿Pues tú lloras?
—Sí, qué corté sus fatales horas
a un César español término tanto.

—¿Y tú robusto? —Marte soy. —¿Con llanto
el resplandor del claro arnés desdoras?
—Perdí por otras manos vencedora
yo luz, España sol, Flandes espanto

—¿Y tú, niño, quién eres? —Antes era
Amor, pero murió mi nombre y llama,
muerto el más bello que la Fama escribe.

—Muerte, Amor, Marte, no lloréis que muera
don Rodrigo de Silva, que la fama
de su valor eternamente vive

— CI —

Cayó la torre que en el viento hacían
mis altos pensamientos castigados,
que yacen por el suelo derribados
cuando con sus extremos competían.

Atrevidos, al sol llegar querrían
y morir en sus rayos abrasados,
de cuya luz contentos y engañado
como la ciega mariposa ardían.

¡Oh siempre aborrecido desengaño,
amado al procurarte, odioso al verte,
que en lugar de sanar abres la herida!

Pluguiera a Dios duraras, dulce engaño,
que si ha de dar un desengaño muerte,
mejor es un engaño que da vida

— CII —

Cuando el mejor planeta en el diluvio
templa de Etna y volcán la ardiente fragua,
y el mar pasado el límite desagua,
encarcelando al sol dorado y rubio;

Cuando cuelgan del Cáucaso y Vesubio
mil cuerpos entre verdes ovas y agua,
cuando balas de nieve y rayos fragua
y el Gange se juntó con el Danubio;

cuando el tiempo perdió su mismo estilo
y el infierno pensó tener sosiego
y excedió sus pirámides el Nilo;

cuando el mundo quedó turbado y ciego,
¿dónde estabas, Amor, cuál fue tu asilo,
que en tantas aguas se escapó tu fuego?

— CIII —

Amor, mil años ha que me has jurado
pagarme aquella deuda en plazos breves;
mira que nunca pagas lo que debes,
que esto sólo no tienes de hombre honrado.

Muchas veces, Amor, me has engañado
con firmas falsas y esperanzas leves;
a estelionatos con mi fe te atreves
jurando darme lo que tienes dado.

Hoy que llega mi vida al plazo estrecho,
si en palabras me tares y en engaños,
que te echaré en la cárcel no lo dudo.

Mas, ¿cómo pagarás, Amor, si has hecho
pleito de acreedores por mil años
y, en buscando tu hacienda, estás desnudo?

— CIV —

De Absalón

Suspenso está Absalón entre las ramas
que entretejen sus hojas y cabellos,
que los que tienen la soberbia en ellos
jamás espiran en bordadas camas.

Cubre de nieve las hermosas llamas
al eclipsar de aquellos ojos bellos,
que así quebrantan los altivos cuello
las ambiciones de mayores famas.

¿Qué es de la tierra que usurpar quisiste?
pues apenas la tocas de liviano,
bello Absalón, famoso ejemplo al suelo.

Esperanza, ambición, cabellos diste,
al viento, al cielo, a la ocasión tan vano,
que te quedaste entre la tierra y cielo

— CV —

Ojos de mayor gracia y hermosura,
que han dado envidia al sol, color al cielo
si es al zafiro natural el hielo,
¿cómo encendéis con vuestra lumbre pura?

¿Por qué de la modesta compostura
con que os adorna de vergüenza un velo,
nace un deseo, que derriba al suel
lo que el amor platónico procura?

Miráis y no teméis, ojos traidores,
que con vuestros venenos fueran vanos
cuantos el miedo halló ni vio el profundo.

Matáis de amor y no sabéis de amores,
seguros de veneno y más tiranos
que fue Nerón, pues abrasáis el mundo

— CVI —

La noche viene descorriendo el velo
bordado de las luces de Diana,
bese la bella Copa y Ariana
con la corona de que ilustra el cielo.

Vense la hermosa Andrómeda y el vuelo
del alado Pegaso y la inhumana
espada de Orión, y con su herman
Helice clara, tan notoria al suelo.

Sólo faltan aquí mis luces bellas
que, si salieran no se viera alguna
de cuantas hace el resplandor de Apolo.

Salid, que a vuestra luz, mis dos estrellas,
esconderase la envidiosa luna,
y gozaré mi bien secreto y solo

— CVII —

Cuando a las armas inclinó la mano
el capitán mejor, el más bienquisto,
que dio su nombre al polo de Calixto
desde el cabello juvenil al cano;

cuando en defensa de Filipo Hispano
y para aumento de la ley de Cristo,
las regiones antárticas le han visto
alta la espada y el pendón cristiano;

celoso estaba de su pluma Apolo,
mas ya que desarmado la ejercita,
vuelto a su patria, es cisne dulce y solo.

Ya que la soledad y el campo habita,
con su pluma enriquece nuestro polo,
olvida a César y a Virgilio imita

— CVIII —

Amor por ese sol divino jura,
siendo negro color vuestros despojos,
quizá por luto, más que por enojos,
de muchos que mató vuestra hermosura.

Ojos, que un negro túmulo procura
al alma que de vos tuviere antojos;
tal fuera mi ventura, hermosos ojos
que yo quiero tener negra ventura.

Ojos, no me guardé, que por honrados,
mirándoos de color negro vestidos,
fuistes de mis sospechas estimados.

Robásteme por eso los sentidos,
pero también quedastes engañados,
pues fuistes en el hurto conocidos

— CIX —

Con lágrimas escucha Masinisa
al grave Scipión, y ardiendo en saña
maldice la amistad hecha en España
y de Numidia los laureles pisa.

Arde el amor, y la virtud remisa
no se resuelve a tan heroica hazaña
mas, cuando el justo honor le desengaña
a Sofonisba de su muerte avisa.

Un veneno le envía que formalle
pudiera bien del agua que lloraba;
no sé que corazón pudo bastalle.

Pero, ¿cuál hizo más, el rey que amaba
en darle aquel veneno, o en tomalle
la que era reina y vino a ser su esclava?

— CX —

Un instrumento mismo sonoroso
es en distintas manos diferente;
la espada en el cobarde o el valiente
hace efecto encogido o animoso.

Labran dos joyas de un metal precioso,
éste famosa, aquél impertinente,
dos diversos artífices, y sient
el oro, sin sentir, que está quejoso.

Honran una pintura o la difaman,
con las mismas colores acabada,
pinceles del discípulo o maestro.

Yo soy con el amor, que todos aman,
instrumento, pintura, joya, espada,
más afinado porque soy más diestro

— CXI —

A don Álvaro de Guzmán

Tantas virtudes, honras, glorias, famas,
sólo se hallarán, Álvaro famoso,
en sangre de Guzmán, que el generoso
tronco produce siempre iguales ramas.

Que muestre el sol al Austro ardientes llamas
es fuerza, está en la suya poderoso,
pero al Oriente es caso prodigioso
tal es la luz con que al nacer te inflamas.

En el mirar al sol claro y sereno,
para que de sus dudas se confirme,
es del águila el hijo conocido.

Probándote a su sol, Guzmán el Bueno,
llamarte puede, viéndote tan firme,
corona y gloria de su excelso nido

— CXII —

(De versos diferentes tomados de Ariosto, Camoes, Petrarca, Tasso, Horacio, Serafino y Garcilaso)

Le donne, y cavalier, le arme, gli amori,
en dolces jogos, en placer contino,
fuggo per più non esser pellegrino,
ma su nel cielo infra e beati chori.

Dulce et decorum est pro patria mori,
sforzame, amor, fortuna, il mio destino,
ni es mucho en tanto mal ser adivino
seguendo l'ire, e giovenil furori.

Satis beatus unicis Sabibis,
parlo in rime aspre, e di dolceza ignude
deste passado ben, que nunca fora.

No hay bien que en mal no se convierta y mude,
nec prata canis albicant pruinis,
la vira fugge, e non se arresta un hora.

— CXIII —

Desde que viene la rosada Aurora
hasta que el viejo Atlante esconde el día,
lloran mis ojos con igual porfía
su claro sol, que otras montañas dora.

Y desde que del Caos, don de mora,
sale la noche perezosa y fría,
hasta que a Venus otra vez envía
vuelvo a llorar vuestro rigor, señora.

Así que ni la noche me socorre
ni el día me sosiega y entretiene,
ni hallo medio en extremos tan extraños.

Mi vida va volando, el tiempo corre,
y mientras mi esperanza con vos viene,
callando pasan los ligeros años

— CXIV —

Océano mar, que desde el frío Arturo
las antárticas márgenes combates,
así con vientos prósperos dilates
las ondas de tu campo crespo y puro,

que a la Armada Católica seguro
una laguna de cristal retrates;
vuelve a don Félix que dejó su Acate
salvo a lo menos a su patrio muro.

Y tú, que con la espada en el Piamonte,
Castilla, Portugal, Italia y Flandes,
Girón, que entre los rayos del sol vive;

y con la pluma en el Castalio monte
has hecho hazañas de valor tan grandes,
sé César español, vence y escribe

— CXV —

A Juan Bautista Labaña

Maestro mío, ved si ha sido engaño
regular por amor el movimiento,
que hace en paralelos de su intento
el sol de Fili, discurriendo el año.

Tomé su altura en este desengaño,
y en mi sospecha, que es cierto instrumento,
por coronas conté su pensamient
y señalome el índice mi daño.

O no son estos arcos bien descritos,
(digo estos ojos) o este limbo indicio,
que a aquella antigua oscuridad me torno,

o yo no observo bien vuestros escritos,
que si hace Fili en Géminis solsticio,
no escapa mi Cenit de Capricornio

— CXVI —

Codro, el temor con la piedad venciendo,
el tronco helado de Pompeyo espera,
que, impelido del mar, a la ribera
sacó en los brazos y lloró diciendo:

—No está soberbio túmulo pidiendo
el gran Pompeyo aquí, Fortuna fiera,
ni que en la llama funeral postrer
suba aroma oriental el sol cubriendo.

No pide el hombre a su familia y gente.
Sepultura común y honor plebeyo
sin fuego y triunfo a sus desdichas basta.

Ya basta, dioses, que, del cuerpo ausente,
no cubra las heridas de Pompeyo
el tierno llanto de Cornelia casta

— CXVII —

Rompa con dulces números el canto
de alguno al son de la confusa guerra,
entre el rumor del escuadrón que cierra
el silencio a la voz y a Juno el manto.

Cante las armas de Fernando Santo,
o el de Aragón en la nevada sierra,
del Duque Albano en la flamenca tierra
y del hijo de Carlos en Lepanto.

Otro cante a Cortés, que por España
levanta las banderas sobre el polo,
que cuando nace el sol de sombras baña.

Que yo, Lucinda, si me ayuda Apolo,
aunque vencerme tú fue humilde hazaña,
nací para cantar tu nombre solo

— CXVIII —

De Elisa Dido

Yo soy la casta Dido celebrada,
y no la que Virgilio infama en vano,
porque jamás me vio Eneas Troyano,
ni a Libia descendió su Teucra armada.

No fue lascivo amor, fue casta espada
la que me hirió por Jarbas el tirano;
viví y matéme con mi propia mano
mis muros levantados, y vengada.

Pues yo viví sin ofender las glorias
de mi fama y hazañas, ¿por qué inflamas
mi castidad, Virgilio, en versos tales?

Pero creed los que leéis historias
que no es mucho disfame humanas famas
quien se atreve a los dioses celestiales

— CXIX —

¡Ay dulce puerta en cuyo mármol cargas,
dueño cruel, las armas homicidas,
empresa y sepultura de las vidas,
que para fin tan miserable alargas!

¡Ay piedras que a mis lágrimas amargas,
con ser piedras, estáis enternecidas,
en quien son y serán entretenida
de mi corto vivir las horas largas!

Yo os adoro y respeto por aquélla,
cuy retrato sois, porque sin duda
alguna alma de piedra vive en ella,

tan dura, helada y de calor desnuda,
para dar a mi llanto una centella
que sólo os diferencia en que se muda

— CXX —

A don Juan de Arguijo, viendo un Adonis, Venus y Cupido de mármol

Quien dice que fue Adonis convertido
en flor de lirio y venus en estrella,
no vio, señor don Juan, la imagen bella
que a España habéis de Génova traído.

Transformación, que no escultura, ha sido,
y porque no quedó beldad sin ella
ni amor sin él, a las espaldas de ell
también en piedra se mudó Cupido.

Los mismos son, que no pudiera el arte
vencer al cielo en perfección tan rara;
testigo son las piedras de Anaxarte.

Y si todas a sí las transformara,
yo os diera un mármol tan divino en parte
que el olvidado amor resucitara

— CXXI —

A la Venus de mármol

Con inmortal valor y gentileza,
mármol hermoso, para siempre quedes,
pues quiere amor que de mi prenda heredes
la gracia, la blancura y la dureza.

Que al fin, si te excedió naturaleza
en dar alma a sus cuerpos, tú la excedes
en que sin almas nuestras almas puede
mover con arte y con mayor belleza.

Lleva del tiempo y de la muerte palma,
del límite mortal milagro indigno,
pues no podrán sin alma deshacerte.

No sienta quien te ve que estás sin alma,
porque tan bello cuerpo no era digno
de estar sujeto al tiempo ni a la muerte

— CXXII —

A la muerte de Agustín de Carpio

Este sepulcro lagrimoso encierra
un viejo en seso, aunque mancebo en años,
que por desengañar nuestros engaños,
el alma a Dios, el cuerpo dio a la tierra.

Su virtud, que del mundo se destierra,
ejemplo a propios y dolor a extraños,
dejó a sus padres miserables daños
tanto del mundo la esperanza yerra.

Fue su nombre Agustín, su ingenio raro
y, como prenda que era ya del cielo,
fue milagroso en todo su discurso.

Pasó su resplandor como el sol claro,
de las estrellas imitando el vuelo
que alumbran más para acabar el curso

— CXXIII —

Cayó la Troya de mi alma en tierra,
abrasada de aquella griega hermosa,
que por prenda de Venus amorosa
Juno me abrasa, Palas me destierra.

Mas como las reliquias dentro encierra
de la soberbia máquina famosa,
la llama en las cenizas victorios
renueva el fuego y la pasada guerra.

Tuvieron y tendrán inmortal vida
prendas que el alma en su firmeza apoya,
aunque muera el troyano y venza el griego.

Mas, ¡ay de mí!, que con estar perdida,
aun no puedo decir: aquí fue Troya,
siendo el alma inmortal y eterno el fuego

— CXXIV —

Blancos y verdes álamos, un día
vi yo a Lucinda a vuestros pies sentada,
dándole en flores su ribera helada
el censo que a los suyos le debía.

Aquí pedazos de cristal corría
esta parlera fuente despeñada,
y la voz de Narciso enamorada
cuanto ella murmuraba, repetía.

Aquí le hurtaba el viento mil suspiros,
hasta que vine yo, que los detuve
porque era el blanco de sus dulces tiros.

Aquí tan loco de mirarla estuve
que, de niñas sirviendo a sus zafiros,
dentro del sol sin abrasarme anduve

— CXXV —

A una sangría de una dama

Mano amorosa a quien amor solía
dar el arco y las flechas de su fuego,
porque como era niño, y al fin ciego,
matases tú mejor lo que él no vía.

El cielo ha sido autor de tu sangría
para poner a tu crueldad sosiego,
haciendo su milagro con mi rueg
nacer corales entre nieve fría.

Vierte esa fuente de rubíes puros,
¡oh peña de cristal! con blanda herida,
¿pero cómo podrán al hierro impío

mis tiernos ojos asistir tan duros,
pues vengándome a costa de mi vida,
la sangre es tuya y el dolor es mío?

— CXXVI —

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso.

No hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo
satisfecho, ofendido, receloso.

Huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño.

Creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño,
esto es amor, quien lo probó lo sabe

— CXXVII —

Con una risa entre los ojos bellos
bastante a serenar los accidente
de los cuatro elementos diferentes,
cuando muestra el amor del alma en ellos;

con dulce lengua y labios, que por ellos
muestran los blancos y menudos dientes,
con palabras tan graves y prudentes
que es gloria oírlas, si es descanso vellos;

con vivo ingenio y tono regalado,
con clara voz y pocas veces mucha,
con poco afecto y con serena calma;

con un descuido en el mayor cuidado
habla Lucinda. ¡Triste del que escucha
pues no le puede responder con alma!

— CXXVIII —

A don Francisco de Quevedo

Vos, de Pisuerga nuevamente Anfriso,
vivís, claro Francisco, las riberas,
las plantas atrayendo, que ligeras
huyeron de él, con vuestro dulce aviso.

Yo triste en vez de Dafne a Cipariso
tuerzo en la frente, y playas extranjeras
a vista de las ánglicas bandera
donde Carlos tomó su empresa, piso.

Vos coronado de la excelsa planta
por quien suspira el sol, no veis, Francisco,
si canta la Sirena o Circe encanta.

Y yo sin mí y sin vos atado a un risco,
no habiendo hurtado al sol la llama santa,
sustento de mi sangre un basilisco

— CXXIX —

A las ardientes puertas de diamante,
coronado del árbol de Peneo,
mostraba en dulce voz llorando Orfeo
que allí puede llorar un tierno amante.

Suspendidas las furias de Atamante
y parado a sus lágrimas Leteo,
en carne, que no en sombra, su deseo
vio su querida Eurídice delante.

¡Oh dulces prendas de perder tan caras!
tú, Salicio, ¿qué dices?, ¿amas tanto,
que por la tuya a suspender barajas

los tormentos del reino del espanto?
Paréceme que dices que cantaras
que el doblaran la prisión y el llanto

— CXXX —

A Melchor Prado

¡Ay cuántas horas de contento llenas
pensé tener, oh alegre prado mío!
mas, ¿quién se gobernó por desvarío
que las gozase de menguante ajenas?

Nazcan en vos claveles y azucenas
al seco fin del sagitario frío,
pues que pasaste del olvido el río
volviendo en gloria un Ángel vuestras penas.

Que estén tan juntos una vega y prado,
yo en nieve y vos en flor, ¿a quién no ofende?
¡oh qué distinto, aunque es un propio estado!

¿Mas qué milagro, si su margen tiende
de aquellos pies angélicos pisado,
y que me hiele a mí quien no me enciende?

— CXXXI —

El duque de Béjar

En tanto que deshace el claro Apolo
de la sierra de Béjar la alta cumbre,
y por Gibraleón su menor lumbre
pasa por nuestro mar al otro polo;

y mientras sobre el oro de Pactolo
su líquido cristal Tormes encubre,
y de Atlante la excelsa pesadumbr
oprime el hombro, que sustenta solo:

con mil despojos, armas y laureles,
después que otro Virgilio Eneidas cante
del gran Sotomayor de Benalcázar,

con nuevo timbre y nuevos coroneles
vuestro nombre con letras de diamante
pondrá la fama en su dorado alcázar

— CXXXII —

Al viento se encomienda, al mar se entrega,
conjura un áspid, ablandar procura
con tiernos ruegos una peña dura,
o las rocas del mar donde navega;

pide seguridad a la fe griega,
consejo al loco y al enfermo cura,
verdad al juego, sol en noche oscura
y fruta al polo donde el sol no llega;

que juzgue de colores pide al ciego,
desnudo y solo al salteador se atreve,
licor precioso de las piedras saca;

fuego busca en el mar, agua en el fuego,
en Libia flor, en Etiopía nieve,
quien pone su esperanza en mujer flaca

— CXXXIII —

Yo no quiero más bien que sólo amaros,
ni más vida, Lucinda, que ofreceros
la que me dais cuando merezco veros,
ni ver más luz que vuestros ojos claros.

Para vivir me basta desearos,
para ser venturoso conoceros,
para admirar el mundo engrandecero
y para ser Eróstrato abrasaros.

La pluma y lengua respondiendo a coros,
quieren al cielo espléndido subiros,
donde están los espíritus más puros;

que entre tales riquezas y tesoros
mis lágrimas, mis versos, mis suspiros
de olvido y tiempo vivirán seguros

— CXXXIV —

Los inventores de las cosas

Halló Baco la parra provechosa,
Ceres el trigo, Glauco el hierro duro,
los de Lidia el dinero mal seguro,
Casio la estatua en ocasión famosa,

Apis la medicina provechosa,
Marte las armas y Nemrot el muro,
Scitia el cristal, Galacia el ámbar puro
y Polignoto la pintura hermosa.

Triunfos Libero, anillos Prometeo,
Alejandro papel, llaves Teodoro,
Radamanto la ley, Roma el gobierno,

Palas vestidos, carros Ericteo,
la plata halló Mercurio, Cadmo el oro,
Amor el fuego y celos el infierno

— CXXXV —

Cuando digo a Lucinda que me mata
y que me hiela y juntamente enciende,
libre responde que mi mal no entiende,
como quien ya de no pagarme trata.

¡Ay de mi amor satisfacción ingrata!
pues lo que un monte, un árbol comprende,
niega Lucinda, que mi mal pretende
y la esperanza de mi bien dilata.

Montes que de mi mal testigos fuistes,
piedras donde lloré corrientes ríos,
que con mis tiernas lágrimas crecistes:

decidle mis confusos desvaríos,
declaradle mi mal, paredes tristes,
pues alma os dieron los suspiros míos

— CXXXVI —

Probemos esta vez el sufrimiento,
tantas veces rendido a la fortuna;
quizá podrá de tantas veces una
resistir a la fuerza del tormento.

Y vos, rebelde y dulce pensamiento
que aun tiempo os engendraste con la luna,
¿de qué sirve tener firmeza alguna
pues la mayor del mundo imita al viento?

Salid del alma, confianza vana,
esperanza fundada en apariencias,
si os falta calidad, ¿qué importa el nombre?

Quien hoy pasare, pasará mañana:
si enojada Lucinda sufre ausencias,
¿qué más vergüenza que rendirse un hombre?

— CXXXVII —

A la noche

Noche, fabricadora de embelecos,
loca, imaginativa, quimerista,
que muestras al que en ti su bien conquista
los montes llanos y los mares secos;

habitadora de cerebros huecos,
mecánica, filósofa, alquimista,
encubridora vil, lince sin vista
espantadiza de tus mismos ecos.

La sombra, el miedo, el mal se te atribuya,
solícita, poeta, enferma, fría,
manos del bravo y pies del fugitivo.

Que vele o duerma, media vida es tuya;
si velo, te lo pago con el día,
y si duermo, no siento lo que vivo

— CXXXVIII —

Inmenso monte, cuya blanca nieve
te muestra antes de tiempo encanecido,
en ti quiero vivir, por ver si ha sido
fuego este amor, pues acabar se debe.

Pero si está en el alma, aunque más pruebe
hacer de nieve a su memoria olvido,
será trabajo eterno del sentid
y de mi largo error engaño breve.

Nieve por nieve al fin, puerto por puerto,
blancura y condición, Lucinda helada,
a mi fuego darán remedio cierto.

¡Oh duro puerto una mujer airada!
pero pásele yo quedando muerto,
que a quien cansa el vivir, la muerte agrada

— CXXXIX —

De Venus y Palas

La clara luz en las estrellas puesta
del fogoso León por alta parte
bañaba el sol, cuando Acidalia y Marte
en Chipre estaban una ardiente siesta.

La diosa por hacerle gusto y fiesta
la túnica y el velo deja aparte,
sus armas toma y de la selva parte
del yelmo y plumas y el arnés compuesta.

Pasó por Grecia, y Palas viola en Tebas
y díjole: —Esta vez tendrá mi espada
mejores filos en tu blanco acero.

Venus le respondió: —Cuando te atrevas
verás cuanto mejor te vence armada
la que desnuda te venció primero

— CXL —

Estas postreras lágrimas te ofrezco,
ídolo de metal, imagen dura,
por diezmo de mis penas y locura,
si recibirlas tu piedad merezco.

Con este don tus aras enriquezco
de la cosecha de mi desventura,
que en sacrificio de mi sangre pura
como en el falso dios, indio parezco.

Responde como Oráculo, enemiga,
pues eres piedra, y diosa, y adorada,
¿dime si es bien que esta jornada siga?

Mas, ¿que responderás estando airada,
si fuiste cuando más, mi dulce amiga,
alma de fuego en una piedra helada?

— CXLI —

Amor, no pienses que te pintan tierno,
porque lo mismo que pareces eres,
ni así desnudo, porque ardiendo mueres,
que no hay Scitia cruel como tu invierno.

Tu pecho es roble, tu interés eterno,
loco tu ardor, prestados tus placeres;
fingida y breve gloria, cuando quieres
cuando aborreces, verdadero infierno.

Si dios, siendo tan malo, te llamaron,
no ha sido porque tú lo merecieses,
mas porque tantos necios te adoraron.

Y viendo que era fuerza que debieses
a cuantos tus haciendas te fiaron,
las alas te pusieron porque huyeses

— CXLII —

A Madrid al partir hacia el destierro en Valencia

Hermosa Babilonia, en que he nacido
para fábula tuya tantos años,
sepultura de propios y de extraños,
centro apacible, dulce y patrio nido;

cárcel de la razón y del sentido,
escuela de lisonjas y de engaños,
campo de Alarbes con diversos paños
Elisio entre las aguas del olvido;

cueva de la ignorancia y de la ira,
de la murmuración y de la injuria,
donde es la lengua espada de la ira;

a lavarme de ti me parto al Turia,
que reír el loco lo que el sabio admira,
mi ofendida paciencia vuelve en furia

— CXLIII —

Si al espejo Lucinda para agravios
de amor y el mundo, armarte solicitas
de veneno y color, con que marchitas
tanto jazmín y rosa en frente y labios;

si ves los ojos con que a tantos sabios
a idolatrar como Idumea incitas,
y aquellas niñas con que vidas quita
a mil Torcuatos, Césares y Fabios;

pues a ellas y a mí vivo y perfeto
en ellas viste, cuando en ti me vía,
teniéndote el cristal, del rostro objeto;

mírate en él con mi memoria un día,
que si el imaginar produce efeto,
ausente podrás ver la imagen mía

— CXLIV —

En Toledo a Francisco de Ribera, al marqués de Malpica

Mientras el Austro rompe el pardo lino
y Scila suele dar voces dispares,
juntando al cielo los distintos mares,
es Bóreas santo y Júpiter divino.

No llora, antes se alegra el peregrino
sobre la lumbre de los patrios lares;
no llanto, plata ofrece a los altare
el que del indio Gange a Cádiz vino.

Gracias a Dios que la paloma escucho,
pues de oliva tu frente coronada,
podrás poner en paz tus elementos.

Reales esperanzas tardan mucho,
de la virtud al premio hay gran jornada.
Mejor es no llevar merecimientos

— CXLVI —

Lucinda, el alma, pluma y lengua mía
en vuestras alabanzas ocupara
si en mil comparaciones una hallara
para satisfacción de su porfía.

Ni el lucero, el alba, el sol, el día,
la perla, el oro ni el diamante para,
que desde el cielo hasta la fénix rar
mil veces discurrió con osadía.

Con esto el pensamiento ya vencido,
no hallando igual con vos, compara aquélla
que de vos en mi pecho amor estampa.

Ríndese la razón, calla el sentido,
y vos, porque confieso que es tan bella,
celos tenéis de vuestra misma estampa

— CXLVII —

A la muerte de don Juan de Ulloa, conde de Villalonso

Don Juan, el hilo de oro de tu intento
que por el laberinto de esta vida
llevaba el alma a la esperanza asida,
cortole el tiempo y esparciole el viento.

Al alto vuelo estaba el mundo atento
cuando la general fiera homicida,
de envidia armada, de traición vestida
precipitó del sol tu pensamiento.

Ahora ¿quién habrá que el llanto enfrene
al Duero y a mis ojos, que a su vega
y a mí de dueño eternamente priva?

Conde, quien va subiendo, como tiene
un pie en vacío, si la muerte llega,
¡ay Dios! qué fácilmente le derriba

— CXLVIII —

Suspenso aquel divino movimiento
del sol de sus estrellas celestiales,
encendida la nieve en dos corales,
al pie de un lauro, haciendo son el viento,

durmió Lucinda, y el Amor atento
a la causa amorosa de mis males,
dijo, alzando la voz, palabras tale
que parece que hurtó mi pensamiento:

—Venus, hermosa y dulce madre mía,
con Psiques andarás de nuevo en puntos;
ésta es cárcel de amor, ya tengo dueño.

Oyó Lucinda lo que Amor decía,
y abrazando al rapaz, durmieron juntos
para quitarme eternamente el sueño

— CXLIX —

Cadenas desherradas, eslabones,
tablas rotas del mar en sus riberas,
tronchadas astas de alabardas fieras,
reventados mosquetes y cañones;

ruinas de batidos torreones
a cuya vista forma blancas eras
el labrador, jirones de banderas
abollados sangrientos morriones;

jarcias, grillos, reliquias de estandartes,
cárcel, mar, guerra, Argel, campaña y vientos
muestran en tierra o templos suspendidos.

Y así mis versos en diversas partes
mi amor cautivo, el mar de mis tormentos
y la guerra mortal de mis sentidos

— CL —

Rota barquilla mía que, arrojada
de tanta envidia y amistad fingida,
de mi paciencia por el mar regida
con remos de mi pluma y de mi espada,

una sin corte y otra mal cortada,
conservaste las fuerzas de la vida
entre los puertos del favor rompid
y entre las esperanzas quebrantada:

sigue tu estrella en tantos desengaños,
que quien no los creyó sin duda es loco,
ni hay enemigo vil, ni amigo cierto.

Pues has pasado los mejores años,
ya para lo que queda, pues es poco,
ni temas a la mar ni esperes puerto

— CLI —

Al contador Gaspar de Barrionuevo, en la enfermedad de su amante, Micaela de Luján

Gaspar, si enferma está mi bien, decilde
que yo tengo de amor el alma enferma
y en esta soledad desierta y yerma
lo que sabéis que paso persuadilde.

Y para que el rigor temple advertilde
que el médico también tal vez enferma,
y que segura de mi ausencia duerma
que soy leal, cuanto presente humilde.

Y advertidle también, si el mal porfía,
que trueque mi salud y su accidente,
que la que tengo, el alma se la envía.

Decidle que del trueque se contente:
¿mas para qué le ofrezco salud mía,
que no tiene salud quien está ausente?

— CLII —

A una dama que hilaba

Hermosa Parca, blandamente fiera,
dueña del hilo de mi cortada vida,
en cuya bella mano vive asida
la rueca de oro y la mortal tijera;

hiladora famosa a quien pudiera
rendirse Palas y quedar vencida,
de cuya tela, Amor, de oro tejida
si no fuera desnudo, se vistiera:

déte su lana el Vellocino de oro,
Amor su flecha para el huso, y luego
mi vida el hilo, que tu mano tuerza.

Que a ser Hércules yo, tanto te adoro
que rindiera a tu rueca atado y ciego
la espada, las hazañas y la fuerza

— CLIII —

Si la más dura encina que ha nacido
del corazón de la Morena Sierra
o el Alpe en su nevada cumbre encierra,
fiero desdén, te hubiera producido;

si tu primer sustento hubiera sido
leche de tigres en la Hircana tierra,
si engendrado te hubieran en la guerra
entre sus voces, armas y ruido,

no fuera más esquiva y desdeñosa;
mas si mirando airada me das muerte,
vida me das, mirándome amorosa.

Luego si vivo, cuando vuelvo a verte,
ni tú puedes dejar de ser hermosa
ni yo de tener vida y de quererte

— CLIV —

Cesen tus aguas, conjurado cielo,
que está doliente por tu causa el mío;
sigue tu curso, nieva, haz tiempo frío,
cubre el campo de plata, escarcha y hielo.

Si es por vengar al sol, sol tiene el suelo,
que será su Faetón con mayor brío:
¡ay rompan los suspiros que te enví
de tantas nubes el oscuro velo!

Deja reinar a la serena boca
cuyos dientes esconden los enojos
de esta humildad, que a envidia os atribuyo.

Amaina el tiempo que su mal provoca,
salga tu sol en ti, y en mí sus ojos.
Tendrá salud mi cielo, y arco el tuyo

— CLV —

A Micalela de Luján, su amante

Belleza singular, ingenio raro
fuera del natural curso del cielo,
Etna de amor, que de tu mismo hielo
despides llamas entre mármol Paro;

sol de hermosura, entendimiento claro,
alma dichosa en cristalino velo,
norte del mar, admiración del suelo
émula al sol, como a la luna el Faro;

milagro del autor de cielo y tierra,
bien de naturaleza el más perfeto,
Lucinda hermosa en quien mi luz se encierra;

nieve en blancura y fuego en el efeto,
paz de los ojos y del alma guerra;
dame a escribir, como apenar, sujeto

— CLVI —

Si para comparar vuestra hermosura
fuera de vos buscase alguna cosa,
e hiciese de jazmín, narciso y rosa
la Griega Helena la mayor pintura,

no se tuviera por mayor locura
hurtar al mismo sol la llama hermosa,
y así quedara en mano temeros
sin color el pincel, la tabla oscura.

Mas porque no viváis con arrogancia
que nada puede haceros competencia,
sabed que tengo yo quien os la hace.

Que de vuestra hermosura no hay distancia
de mi infinito amor a la excelencia,
que al fin la iguala porque de ella nace

— CLVII —

Al doctor Arjona

Celoso Apolo en vuestra sacra frente,
más bello que en su curso, el laurel mira,
culto escritor, cuya divina lira
merece ser estrella eternamente.

El Caistro jamás por su corriente
tan dulce ha visto cisne, cuando espira;
Dauro ensancha su margen y se admir
que su oro puro vuestro canto aumente.

Miran por quién sus náyades y drías,
y, viendo que es un extranjero, mueven
risa en las hojas y en las fuentes frías.

Yo viendo cuánto las del Tajo os deben,
digo que allá lo pagarán las mías
cuando en sus aguas vuestro nombre lleven

— CLVIII —

A una dama que se limpiaba los dientes

Gente llama la caja belicosa
cuando se dora y limpia la gineta,
y cuando la ballesta o la saeta,
señal es de la caza codiciosa.

Cuando desnuda de la banda ociosa
la espada el cortesano, honor le aprieta;
cuando se limpia el tiro o la escopeta
señal es de la guerra sanguinosa.

Y cuando el arco de marfil bruñido,
de sus diente Lucinda los despojos,
con la saeta de su lengua asido,

señal es que a matar y a dar enojos;
si no es arco del cielo que ha salido
a serenar la lluvia de mis ojos

— CLIX —

A la Verdad

Hija del tiempo, que en siglo de oro
viviste hermosa y cándida en la tierra,
de donde la mentira te destierra
en esta fiera edad de hierro y lloro;

santa Verdad, dignísimo decoro
del mismo cielo, que tu sol encierra,
paz de nuestra mortal perpetua guerr
y de los hombres el mayor tesoro;

casta y desnuda virgen, que no pudo
vencer codicia, fuerza ni mudanza,
del sol de Dios ventana cristalina;

vida de la opinión, lengua del mundo.
Mas ¿qué puedo decir en tu alabanza
si eres el mismo Dios, Verdad divina?

— CLX —

Esto de imaginar si está en su casa,
si salió, si la hablaron, si fue vista,
temer que se componga, adorne y vista,
andar siempre mirando lo que pasa,

temblar del otro que de amor se abrasa
y con hacienda y alma la conquista,
querer que al oro y al amor resista
morirme si se ausenta, o si se casa,

celar todo galán rico y mancebo,
pensar que piensa en otro si en mí piensa,
rondar la noche y contemplar el día,

obliga, Marcio, a enamorar de nuevo.
Pero saber cómo pasó la ofensa,
no sólo desobliga, mas enfría

— CLXI —

Cual engañado niño que, contento,
pintado pajarillo tiene atado
y le deja en la cuerda confiado
tender las alas por el manso viento;

y cuando más en esta gloria atento,
quebrándose el cordel quedó burlado,
siguiéndole en sus lágrimas bañad
con los ojos y el triste pensamiento;

contigo he sido, amor, que mi memoria
dejé llevar de pensamientos vanos,
colgados de la fuerza de un cabello.

Llevose el viento el pájaro y mi gloria
y dejome el cordel entre mis manos,
que habrá por fuerza de servirme al cuello

— CLXII —

Ya vengo con el voto y la cadena,
Desengaño santísimo, a tu casa,
porque de la mayor columna y basa
cuelgue de horror y de escarmiento llena.

Aquí la vela y la rompida entena
pondrá mi amor, que el mal del mundo pasa,
y no con alma ingrata y mano escasa
la nueva imagen de mi antigua pena.

Pero aguárdame un poco, Desengaño,
que se me olvidan en la rota nave
ciertos papeles, prendas y despojos.

Mas no me aguardes, que serás engaño,
que si Lucinda a lo que vuelvo sabe,
tendrame un siglo con sus dulces ojos

— CLXIII —

A la muerte de Félix de Vega Carpio

¿Parca, tan de improviso airada y fuerte
siegas la vega donde fui nacido
con la guadaña de tu fiero olvido,
que en seco polvo nuestra flor convierte?

¿Ni vale el nombre ni el valor se advierte?
Cárcel de enfermedad no ha precedido,
ni información de haberla merecido
y, ¿sin proceso le condenas, Muerte?

Oh tribunal, a donde no hay reparo,
¿en un hora del mundo se destierra
a quién Félix nació, sin que lo fuese?

Mas justo fue, que siendo sol tan claro,
se pusiese al ocaso de la tierra,
y al oriente del cielo amaneciese

— CLXIV —

Si el padre universal de cuanto veo
en la naturaleza nuestra humana
despreció la sentencia soberana,
obedeciendo un femenil deseo;

si un rey David y un nazareno Hebreo,
a Betsabé y a Dalila tirana
la fuerza y la victoria rinde llana
que no pudo el león, ni el filisteo;

¿en qué valor mis ojos se fiaron
y presumió mi ingenio saber tanto,
que no le hiciera tu hermosura agravio?

Pues con fuerza virtud y ciencia erraron,
Adán el primer hombre, David santo,
Sansón el fuerte y Salomón el sabio

— CLXV —

Al doctor Mira de Mescua

Viendo que iguala en su balanza Astrea
los rayos y las sombras desiguales,
Dauro no ha reparado en las señales
de la extranjera Vega que pasea.

Mas ya que el oro que le dais emplea,
en mis arenas a la Libia iguales,
florecerán mi Vega sus cristales
y vos mi ingenio, de mi mundo idea.

A que sois primavera me resuelvo,
por quien las flores que perdí restauro:
tal abundancia vuestro ingenio cría.

Y así en tanto que al patrio Tajo vuelvo,
serán entre las márgenes del Dauro
las flores vuestras y la Vega mía

— CLXVI —

Circe, que de hombre en piedra me transforma,
quiere, o lo quieren los contrarios cielos,
que viva ausente, sin matarme celos,
cosa imposible si de amor se informa.

Tanto el temor con el amor conforma
que era pedir centellas a los hielos
estar ausente y no tener recelo
aun a la sombra que el pensarlos forma.

Al contrario presente aunque atrevido,
bien puede hacer un hombre resistencia,
mas no cuando a traición otro le enviste.

Los celos por los ojos me han venido,
pero por las espaldas el ausencia,
y lo que no se ve no se resiste

— CLXVII —

Al doctor Tejada

De hoy más, claro pastor por quien restauro
la fama que sin vos perder pudiera,
os cantarán del tajo en la ribera,
y, si esto es poco, del mar indio al mauro.

Oirase, antes que vuelva el sol al Tauro,
vuestro nombre en su orilla que me espera,
pues mi musa por vos, siendo extranjera
halló lugar en las del fértil Dauro.

Por vos, como en la antigua, en la edad nuestra
correrá más dorado que Pactolo,
de que su cisne sois indicio y muestra.

Humillarase a vos el laurel solo,
que no serán para la frente vuestra
ni Dafne esquiva ni celoso Apolo

— CLXVIII —

Si verse aborrecido el que era amado
es de amor la postrera desventura,
¿qué espera en vos, señora, que procura
el que cayó de tan dichoso estado?

En vano enciendo vuestro pecho helado,
pues lo que ahora con violencia dura
ya no es amor, es natural blandur
con tibio gusto de un amor forzado.

Cuando vos me seguisteis, iba huyendo;
huir ahora vos, cuando yo os sigo:
si es amor, ya le tengo y no le entiendo.

Ya huyo como esclavo del castigo;
guardaos que ya me voy y, al fin partiendo,
no sé qué haré de vos pues vais conmigo

— CLXIX —

A don Felipe de África, príncipe de Fez y Marruecos

Alta sangre real, claro Felipe,
a cuyo heroico y generoso pecho
el límite africano vino estrecho,
aunque en grandeza a Europa se anticipe,

porque el cielo ordenó que participe
de otro imperio mayor vuestro derecho
y que se ocupen en tan alto hech
los cisnes de las fuentes de Aganipe;

tanto os estima a vos, Príncipe, solo,
que un día aventuró para ganaros
con cuatro reyes veinte mil personas,

trocando el bajo por el alto polo,
a Fez en Fe, y a vuestros montes claros
por claros cielos y por mil coronas

— CLXX —

No tiene tanta miel Atica hermosa,
algas la orilla de la mar, ni encierra
tantas encinas la montaña y sierra,
flores la primavera deleitosa,

lluvias el triste invierno, y la copiosa
mano del seco otoño por la tierra
graves racimos, ni en la fiera guerr
más flechas Media en arcos belicosa,

ni con más ojos mira el firmamento
cuando la noche calla más serena,
ni más olas levanta el Océano,

peces sustenta el mar, aves el viento,
ni en Libia hay granos de menuda arena,
que doy suspiros por Lucinda en vano

— CLXXI —

Llamas y huyes, quieres y aborreces,
y cuando estás más cerca te retiras,
no quieres que te miren, Silvia, y miras,
duermes y sientes, guárdaste y pareces,

vuelas y no te vas, niegas y ofreces,
disfrazas las verdades en mentiras,
ciegas y ves, desdeñas y suspiras
y, siendo claro el sol, menguas y creces.

Contigo a solas estas cosas mide,
que de tu estrecha condición me espanto
en quererse vestir amor tan justo.

Silvia, o te agrado, o no; si no, despide;
si agrado, no consultes mi amor tanto,
que amor no es encomienda, sino gusto

— CLXXII —

El ánimo solícito y turbado,
como se ve en el mar la inquieta boya
miraba Albano el campo en que fue Troya
de fuego un tiempo y de dolor cercado.

Adonde el Ilión se vio fundado,
que ya la fama en su grandeza apoya,
y estuvo la greciana, hurtada joya
vio la ceniza convertida en prado.

Estuvo un rato así, mas dijo luego:
¡Oh campos, ya de fuego, en mis dolores
y en vuestro ejemplo mis consuelos fío!

Que si en lugar que cupo tanto fuego,
ahora veo verde hierba y flores,
también podrá tener templanza el mío

— CLXXIII —

Del corazón los ojos ofendidos
hacen batalla sobre cuál me mata.
El corazón con agua los maltrata,
que los quiere cegar por atrevidos.

Los ojos, por quien entran encendidos
espíritus de amor, que amor dilata,
dan fuego al corazón porque los trat
con tanto mal, en tanto bien perdidos.

Ojos, si el corazón con llanto os ciega,
corazón, si los ojos con el fuego,
un contrario abrasado, y otro frío,

sin duda que mi fin de acerca y llega,
que no puede durar ni hallar sosiego
reino tan dividido como el mío

— CLXXIV —

Daba sustento a un pajarito un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
fuésele de la jaula el pajarillo
al libre viento en que vivir solía.

Con un suspiro a la ocasión tardía
tendió la mano y, no pudiendo asillo,
dijo (y de las mejillas amarill
volvió el clavel, que entre su nieve ardía):

—¿Adónde vas por despreciar el nido,
al peligro de ligas y de balas,
y el dueño huyes que tu pico adora?

Oyola el pajarillo enternecido,
y a la antigua prisión volvió las alas:
que tanto puede una mujer que llora

— CLXXV —

Deseando estar dentro de vos propia
Lucinda, para ver si soy querido,
miré ese rostro, que del cielo ha sido
con estrellas y sol natural copia.

Y conociendo mi bajeza impropia,
vime de luz y resplandor vestido,
en vuestro sol, como Faetón, perdido
cuando abrasó los campos de Etiopía.

Ya cerca de morir, dije: Teneos,
deseos locos, pues lo fuistes tanto,
siendo tan desiguales los empleos.

Mas fue el castigo para más espanto,
dos contrarios, dos muertes, dos deseos,
pues muero en fuego y me deshago en llanto

— CLXXVI —

Al Duque de Osuna

En láminas de plata, en letras de oro,
que en almas escribirse merecía,
vuestro nombre a la fama el mundo envía,
Girón divino del mayor tesoro.

Será sujeto del Castalio coro
mientras dura del cielo el armonía,
famoso en cuanto el sol dilata el día
del Pez al Cantro, de la Libra al Toro.

Verá la envidia, en la mayor alteza
de títulos tan grandes y escogidos
el del ingenio fértil y abundante.

Igualará la pluma a la grandeza,
y el Parnaso de vos favorecido
tendrá en su frente el cielo como Atlante

— CLXXVII —

De Abel y José

Sangrienta la quijada, que por ellas
Adán comenzó a ser inobediente,
Caín deja mil bocas en la frente
del tierno Abel, para formar querellas.

Tiran del manto de Josef las bellas
manos de una mujer, y, de impaciente,
por adúltero prende al inocent
que cegó con la capa las estrellas.

Allí los padres muerto al mártir vieron;
allí al vendido, en carro de oro, el año
estéril, los hermanos piden trigo.

Muere Abel, Josef triunfa, porque fueron
Caín hermano y Faraón extraño,
y no hay cuchillo como el propio amigo

— CLXXVIII —

A su hija Teodora difunta

Mi bien nacido de mis propios males,
retrato celestial de mi Belisa,
que en muchas voces y con dulce risa
mi destierro y consuelo hiciste iguales.

Segunda vez de mis entrañas sales,
mas pues tu blanco pie los cielos pisa
¿por qué el de un hombre que entierra tan apris
quebranta tus estrellas celestiales?

Ciego llorando, niña de mis ojos,
sobre esta piedra cantaré, que es mina,
donde el que pasa al Indio, en propio suelo

halle más presto el oro en tus despojos,
las perlas, el coral, la plata fina:
mas ¡ay que es ángel y llevolo al cielo!

— CLXXIX —

A Micaela de Luján, su amante

Ángel divino, que en humano y tierno
velo te goza el mundo, y no consuma
el mar del tiempo, ni su blanca espuma
cubra tu frente en su nevado invierno,

beldad que del artífice superno
imagen pura fuiste en cifra y suma,
sujeto de mi lengua y de mi pluma
cuya hermosura me ha de hacer eterno;

centro del alma venturosa mía,
en quien el armonía y compostura
del mundo superior contemplo y veo:

Alba, Lucinda, cielo, sol, luz, día,
para siempre al altar de tu hermosura
ofrece su memoria mi deseo

— CLXXX —

Matilde, no te espantes que felino
ame a Valeria en público y secreto,
que el albedrío no ha de estar sujeto
y cada cual lo vive a su destino.

¿Qué nombre pierdes? ¿qué valor divino?
¿qué estimación? ¿qué prendas? ¿qué conceto?
¿quién fue tu fundador? ¿quién tu arquitecto?
¿qué Alejandro? ¿qué Rómulo? ¿qué Nino?

Así naciste, así es razón que seas,
deja que goce lo que más le agrada;
y si vivir sin él no te conviene,

mátame como Elisa la de Eneas,
que aunque Felino no te deja espada,
basta el dolor para quien honra tiene

— CLXXXI —

De doña Inés de Castro

Con pálido color, ardiendo en ira,
en los brazos de Avero y de Alencastro,
de la difunta doña Inés de Castro
el bravo portugués el rostro mira.

Tierno se allega, airado se retira,
(trágico fin de amor, infeliz astro)
y abrazado a su imagen de alabastro
con este llanto y voz habla y suspira:

—Si ves el alma, Nise, de mis ojos
desde el cielo, en que pisas palma y cedro,
más que en este laurel y fe constante,

verás que soy, honrando tus despojos,
portugués en amor, en rigor Pedro,
rey en poder, y en la venganza amante

— CLXXXII —

Fingido amigo, en las lisonjas tierno,
no iguala al enemigo declarado;
si amor me tiene ciego y engañado,
yo sé que hay redención, aunque es infiero.

En tu breve placer mi daño eterno
bebiendo voy en dulce error cifrado,
ya por costumbre a tanto mal llegad
que por mi propio engaño me gobierno.

Para ser desdichado fui nacido,
y, con estarme bien, morir no quiero
por no perder un mal también sufrido.

Tales son unos ojos por quien muero
que en el tormento del dolor me olvido
y en quien me ha de matar vivir espero

— CLXXXIII —

A Micaela de Luján, su amante

Fugitivo cristal, el curso enfrena
en tanto que te cuento mis pesares;
pero ¿cómo te digo que te pares
si lloro y creces por la blanda arena?

Ya de la sierra que de nieves llena
te da principio humilde Manzanares,
por dar luz al que tiene tantos mares
mi sol hizo su ocaso en la Morena.

Ya del Betis la orilla verde adorna
en otro bosque de árboles desnudos,
que en aire dan por fruto plata en barras.

Yo triste en tanto que a tu margen torna,
de aquestos olmos, a mis quejas mudos,
nidos deshago y desenlazo parras

— CLXXXIV —

Lágrimas que partiendo de mi cielo
los rayos de su sol oscurecistes,
bañando el rostro mío, en que imprimiste
cristal, aljófar, llanto, fuego y hielo;

dulce seguridad de mi recelo
en quien mil firmes de lealtad me distes,
de tanta ausencia y soledades triste
vosotras sois el último consuelo.

En fin bebí vuestro licor suave,
con cuya lluvia, como firme palma,
nació en el alma la esperanza mía.

Que no es posible que sin causa grave
se viera el cielo entonces todo en calma,
llorara el sol y se turbara el día

— CLXXXV —

Meliso, amor no es calidad ni elige
ni de la sangre ni el valor se informa;
él dura, donde el alma se conforma
con ley de no escuchar quien le corrige.

A sólo conservarse amor dirige
la materia amorosa de su forma,
y, si el que ama en lo amado se transforma
amor sin calidad a nadie aflige.

Quiérome a mí, queriendo lo que quiero;
es lo que soy, luego mi amor no es culpa;
y si pueden vencerse las estrellas,

las de unos ojos no; por eso espero
que entrambas me darán justa disculpa
éstas por fuerza, y por belleza aquellas

— CLXXXVI —

De doña Blanca de Borbón

La Blanca en el valor, venida a España,
y en Francia y en el mundo más preciosa,
vertiendo hielo marchitó la rosa
de las mejillas que llorando baña.

Del fuerte Pedro, armado en la campaña,
vencido de otro amor, está quejosa,
y aunque no la de oír con voz piadosa
movió la lengua propia en lengua extraña:

—Amor, sangre conforme, estrella, trato,
faltando todo en mí, pudo hallar modo
que amase, y me olvidase Pedro ingrato.

Amo, aborrece; pido, niega en todo;
su sombra adoro, y huye mi retrato;
yo tierna, él fuerte; yo francesa, él godo

— CLXXXVII —

De Nino y Semíramis

Al rey Nino Semíramis famosa
por último pidió de tantos dones
el cetro, que tan bárbaras naciones
redujo a paz y a sujeción forzosa.

Rendida pues la mano victoriosa
a la lasciva, humillan sus blasones
los capitanes, y entre mil pendone
corona de laurel su frente hermosa.

—Pasadle el pecho, dijo, pues ya reino,
con una flecha de una persa aljaba,
que no quiere el gobierno compañía.

Perdiendo Nino, en fin, vida, honor, reino,
dijo muriendo: —Justamente acaba
con muerte vil quien de mujer se fía

— CLXXXVIII —

Suelta mi manso, mayoral extraño,
pues otro tiene de tu igual decoro,
deja la prenda que en el alma adoro
perdida por tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño
y no le engañen tus collares de oro;
toma en albricias este blanco tor
que a las primera hierbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellocino
pardo, encrespado, y los ojuelos tiene
como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
suelta y verasle si a mi choza viene,
que aún tiene sal las manos de su dueño

— CLXXXIX —

Querido manso mío, que vinistes
por sal mil veces junto aquella roca,
y en mi grosera mano vuestra boca
y vuestra lengua de clavel pusistes.

¿Por qué montañas áspera subistes
que tal selvatiquez el alma os toca?
¿qué furia os hizo condición tan loca
que la memoria y la razón perdistes?

Paced la anacardina porque os vuelva
de ese cruel y interesable sueño,
y no bebáis el agua del olvido.

Aquí está vuestra vega, monte y selva;
yo soy vuestro pastor, y vos mi dueño,
vos mi ganado y yo vuestro perdido

— CXC —

A unos papeles rompidos

Papeles rotos de las propias manos
que os estimaron por reliquia santa,
bien muestra ahora el viento que os levanta
que, cuanto más pesados, sois livianos.

Si de mi libertad fuistes tiranos
por la Sirena que escribiendo encanta,
ya no tendrán conmigo fuerza tant
palabras locas y conceptos vanos.

Sosiéguense celosos alborotos,
sin tener en romperos mi osadía
torpes las manos y los dientes botos.

Venid así, ¡mas ay, mortal porfía!
que pues os vuelvo a mis entrañas rotos,
hijos debéis de ser del alma mía

— CXCI —

Es la mujer del hombre lo más bueno
y locura decir que lo más malo,
su vida suele ser y su regalo,
su muerte suele ser y su veneno.

Cielo a los ojos cándido y sereno
que muchas veces al infierno igualo,
por raro a mundo su valor señalo
por falso al hombre su rigor condeno.

Ella nos da su sangre, ella nos cría,
no ha hecho el cielo cosa más ingrata,
es un ángel y a veces una arpía.

Quiere, aborrece, trata bien, maltrata,
y es la mujer al fin como sangría
que a veces da salud y a veces mata

— CXCII —

A un pintor enamorado de una dama cuyo retrato hacía

Artífice rarísimo que a Apeles,
a Zeuxis, a Parrasio, a Metrodoro,
vencéis en precio, como al plomo el oro,
en modelos, en tablas y papeles:

Suspended los colores y pinceles,
pues os suspende el alma el bien que adoro
y no perdáis el tiempo en su decoro,
pues imitáis jazmines y claveles.

Que si os viera del Tormes al Hidaspe
medir llorando el áspero camino
no me ablandara más que bronce o jaspe;

que si vos sois de ser de Apeles dino,
yo para dar mi celestial Campaspe,
de ser Magno Alejandro soy indino

Que fuera desatino
daros yo su belleza,
y en él fue poco amor, si fue grandeza

— CXCIII —

A la encamisada del Príncipe Nuestro Señor

Desata el capirote y las pigüelas,
águila de Filipo soberano,
verá el antiguo y nuevo mundo hispano
que al sol te acercas y a su lado vuelas.

El aire dejen, cuando el aire impelas,
el pardo azor, belígero otomano,
y aquel sacre o sacrílego cristian
que tiembla ya de que su nombre celas.

Muestra, subido al cielo, al bajo mundo
las nuevas uñas con que alzarle puedes,
ahora asidas a una débil caña.

Porque, Tercero de tan gran Segundo,
podrás, como su espada y cetro heredes,
vencer al mundo y gobernar España

— CXCIV —

Del señor don Juan de Austria

Nací en la alta Alemania, al mundo espanto,
gloria a Felipe, a Carlos esperanza,
viví en España humilde entre labranza,
que rayo de tal sol encubrió tanto.

Para bañar al moro en sangre y llanto
tomé en Granada la primera lanza,
y en cuanto la memoria humana alcanz
la victoria mayor gané en Lepanto.

Rompí a Túnez, vencí, volviendo a Flandes,
mil guerras, mil rebeldes, mil engaños,
y tuve de ser mártir santo celo.

No quise a Irlanda con promesas grandes,
muero en Bouges, viví treinta y tres años,
fuí César de la Fe, triunfé en el cielo

— CXCV —

Al casamiento del Duque de Saboya y doña Catalina de Austria, Infanta de España, en cuatro lenguas

Sit, o sancte Hymene, hace dies clara,
las bellas ninfas en alegre coro
ornen le tempie con ghirlande di oro
al dulce esposo y a su esposa cara.

Abesto procul invida et amara
fortuna, e longe fuja o triste choro,
accinge, o Iuno, il giogo al bel laboro,
y llueva el cielo de su gracia rara.

Carolus Dux, et Infans Catherina,
hoje celebraon desejadas bodas,
et in duoi corpi un alma si racoppia.

Ecce aperitur iam aula divina,
y en nubes de oro las deidades todas
vengono ad honorar la bella copia

— CXCVI —

Al casamiento de Filipo III y Margarita de Austria Nuestra Señora

Las Águilas de Carlos soberano,
al gran Filipo en cielo convertido,
quieren sobre un castillo hacer su nido
en la mitad del corazón hispano.

Ya de Clemente la sagrada mano
el cuello tiene al yugo de oro asido,
y con su bendición divina ungid
para columnas del valor cristiano.

Ya de diamantes, perlas y esmeraldas
cetro imperial adorna su alta frente,
que España ofrece en sus preciosas faldas.

Pero queda el blasón tan diferente
que sus Águilas siempre están de espaldas,
y éstas han de mirarse eternamente

— CXCVII —

Humíllense a tu sacro Mausoleo
fuerte David y Salomón prudente,
el rebelde gigante del Oriente
y el idolatra del contrario polo;

y a tu pendón crucígero, que solo
fue del África y Asia rayo ardiente,
cuantos beben la bárbara corrient
de Eúfrates, Nilo, Ganges y Pactolo.

La religión y la justicia lloren,
oh pacífico Numa, oh gran Torcuato,
España, Italia y Francia enternecida.

Y todos juntos nuevamente adoren
encima de tus aras tu retrato,
Tercero entre tu muerte y nuestra vida

— CXCVIII —

Faltaron con el tiempo riguroso
la torre a Faro, a Babilonia el muro,
a Grecia aquel milagro en mármol duro
de Júpiter Olímpico famoso;

A Caria aquel sarcófago amoroso
y a Menfis del Egipto mal seguro
las columnas que hoy cubre olvido escuro
el templo a Efesia, a Rodas el coloso.

Pero cayendo con mayor ejemplo
la gran columna, que en virtudes y obras
las puso con plus ultra al fin del mundo,

torre, muro, coloso, estatuas, templo,
pierde, oh España; mas las mismas cobras
en el Tercero de tan gran Segundo

— CXCIX —

La muerte para aquél será terrible
con cuya vida acaba su memoria,
no para aquél cuya alabanza y gloria
con la muerte morir es imposible.

Sueño es la muerte y paso irremisible
que en nuestra humilde humana historia
pasó con felicísima victori
un Hombre, que fue Dios incorruptible.

Nunca de suyo fue mala y culpable
la muerte, a quien la vida no resiste,
al malo aborrecible, al bueno amable.

No la miseria en el morir consiste,
sólo el camino es triste y miserable,
y si es vivir, la vida sola es triste

— CC —

Alfa et Omega Jehová

Siempre te canten, santo Sabaot,
tus ángeles, gran Dios, divino Huleq:
mi vida excede ya la de Lameq,
huir deseo como el justo Lot.

Cayó en viéndote el ídolo Behemot,
sacerdote mayor Melchisedeq;
no ha tocado a mi alma Abimeleq,
ni Jezabel la viña de Nabot.

Profetas falsos dan la muerte a Acab,
David desea ya el agua de Bet,
por la paciencia con que espera Job.

Crüel está con Absalón Joab,
sal del arca a ver el sol Jafet,
y el cielo de la escala de Jacob.

Rimas (1634)

— CCI —

A doña Ángela Vernegali

Zeuxis, pintor famoso, retratando
de Juno el rostro, las facciones bellas
de cinco perfectísimas doncellas
estuvo atentamente contemplando.

De cuál las rubias trenzas imitando,
de cuál la blanca frente, y las estrellas
que expiraban de amor puras centellas
fue el rostro celestial perfeccionando.

Pero si viera lo que en vos contemplo
de valor y hermosura, la famosa
tabla fuera inmortal con vuestro ejemplo.

Porque Grecia, mirándoos tan hermosa,
os consagrara su Lucinio templo;
la imagen fuera Juno, y vos la Diosa

— CCII —

Soneto

Podrá ser que mirando los cabellos
que hicieron de oro ya la edad, ya el arte,
aparte plata y bajo cobre aparte,
colgar por almas desengaños de ellos;

podrá ser que mirando de los bellos
ojos, que adoro, oscurecida en parte
la luz que con el sol términos parte
y al envidioso amor vengado en ellos;

¿podrá ser que marchitos los claveles,
y el hilo de las perlas roto, olvide
la causa, amor, con que abrasarme sueles?

No podrá ser, que el alma no se mide
con tiempo, y cuanto más, oh tiempo, vueles,
tanto más tiempo para amar la pide

— CCIII —

Natura paucis contenta

Soneto

Venturoso rincón, amigos mudos,
libros queridos, pobre y corto lecho,
viejas paredes donde el tosco techo
muestra apenas sus árboles desnudos.

Pintura humilde de pinceles rudos,
roto escritorio de haya frágil hecho,
donde, a la traza de mi abierto pecho
de paciencia no más guardáis escudos.

Vidros, ejemplo de ambición subida
que de los vientos vive con recato;
dichoso yo que sin tener asida

el alma al oro, a la esperanza el plato,
pasó en vosotros descansada vida
lejos de idolatrar un dueño ingrato



FELIX LOPE DE VEGA Y CARPIO, Madrid (1562-1635), fue uno de los más importantes poetas y dramaturgos del Siglo de Oro español y, por la extensión de su obra, uno de los más prolíficos autores de la literatura universal.

A los doce años había ya pasado los cursos de Humanidades, en los que había brillado; y a la vez, como de padres de buena alcurnia, tenía la más mundana educación y conocía a maravilla la danza, la música y la esgrima. Se vio huérfano por lo que se acogió a la hospitalidad de don Jerónimo Manrique, obispo de Ávila, y aun después trabajó en casa del duque de Alba, a quien sirvió de secretario durante algún tiempo.

Dos veces contrajo matrimonio, y dos veces enviudó, por lo cual, al ocurrir este último triste suceso, tomó hábitos religiosos y se inscribió en la Congregación de sacerdotes naturales de Madrid. Hasta aquel entonces su vida había sido algo accidentada, pues vivía de lo que le daban sus comedias y otros escritos; con el estado eclesiástico, otras rentas venían a sumarse a las que le producían sus obras, y pudo llevar una vida sosegada y tranquila, en la cual podía producir mejor. Entonces fue cuando comenzó a gozar de una gran la popularidad.

El número de sus comedias, según varios de sus contemporáneos, alcanzó al de dos mil; claro está que las hoy conocidas son en mucho menor número,

pero de todas maneras bastantes para sentar la fama de fecundo de que ha gozado. Caben destacar: *Fuente Ovejuna*, *Rimas, El Perro del Hortelano*, *La Hermosura de Angélica*, *La Jerusalén conquistada, Peribañez y el Comendador de Ocaña*, *Los Pastores de belén, La Dama Boba*, *El Caballero de Olmedo* y *La Dorotea*.